
Selección
TERROR
BOLSILIBROS
RALPH BARBY
EL ESCRIBANO DE YAMA

Cuando había esperado que de allí surgiera un adolescente de cuerpo bello, un cuerpo de piel casi excesivamente suave para ser masculino, saltó a sus ojos una imagen horrenda, una imagen que le produjo tal sorpresa que le dolió en el pecho a causa del terror que la invadió.

Su cuerpo había enflaquecido, se había tornado pardo, casi velludo. Sus manos eran garras y su rostro, monstruoso, no parecía humano.

Los ojos se le habían vuelto malvados, rezumaban como lágrimas purulentas que inspiraban horror lo mismo que su nariz o su boca que se había hecho más grande, más fea que la de cualquier bestia conocida. Era, sin duda, un ser infernal.

—Míralo, míralo bien, en él están todos tus pecados. El Dios ha escuchado tus súplicas.



Ralph Barby

El escribano de Yama

Bolsilibros: Selección Terror - 405

ePub r1.0
xico_weno 27.11.15

Título original: *El escribano de Iama*
Ralph Barby, 1980
Ilustraciones: Norma

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

Capítulo primero

Judith se había sentido especialmente nerviosa aquel día. *Míster* Newman había sufrido un desagradable ataque cardíaco y no pudo acudir a su bufete de abogado tal como era su norma durante décadas, no en vano era un hombre muy activo, eficiente y puntual en todas sus acciones.

No hacía demasiado tiempo que Judith se convirtiera en la secretaria del abogado Newman dentro del grupo de abogados asociados «Sócrates» que en realidad era el nombre de pila de *míster* Newman, fundador de la sociedad.

Todo había estado movido aquel día.

La oficina no se había cerrado y Judith tuvo que responder a las llamadas pidiendo tiempo, disculpas y comunicando lo ocurrido sólo a un restringido grupo de personas.

Las horas volaron y se preparó una reunión de jefes para el día siguiente, quizá a la espera de la evolución de la dramática e inesperada enfermedad de *míster* Newman.

Había oscurecido y la luz eléctrica iluminaba los despachos. Al otro lado de las ventanas caía una lluvia fina y gélida, sin llegar al aguanieve.

Suspiró, se sentía agotada.

Miró los teléfonos que ya no sonaban más, parecía como si les hubieran inyectado un somnífero para que dejaran de timbrar estridentes y molestos. Tenía sueño y, sin embargo, estaba segura de que le costaría conciliarlo. Miró la hora.

—Las nueve…

Era extraordinariamente tarde para lo que Judith estaba acostumbrada.

Apagó la luz focal y se levantó de la butaca. Se puso la gabardina roja y se colgó el bolso de piel del hombro.

Apagó las luces generales y salió del despacho. Los corredores

estaban vacíos y no se oían los cuchicheos habituales en las salitas de espera, gente que podía estar temiendo algún problema grave con la justicia; tampoco se oía el tac tac de las máquinas de escribir, ni siquiera sus pasos, porque avanzaba sobre la mullida alfombra que cubría el suelo de todos los pasillos.

Aaron, el vigilante, estaba junto a la puerta. No sonrió, tenía cara de circunstancias.

—¿Sabe algo más de *míster* Newman, *miss* Judith? —preguntó en tono amable.

—No, no mucho, sigue en estado estacionario.

—Esperemos que se recupere, *míster* Newman es un gran hombre.

—Sí, eso es cierto.

No tenía muchos deseos de conversar, estaba agotada de tanto hacerlo por teléfono y se introdujo en el ascensor segura de que Aaron pondría los cierres a las puertas.

Descendió hasta el *parking*.

El subterráneo olía a una mezcla de gasolina quemada y a gasolina fresca, a goma de neumático y aceite, aún no se habían puesto en marcha los extractores automáticos que limpiarían la atmósfera del *parking* para que al día siguiente estuviera correcta.

Quedaban muy pocos coches, algunos de ellos con polvo, lo que indicaba que hacía días que no habían sido tocados. Debían pertenecer a otras oficinas del edificio.

También había estacionados cuatro automóviles propiedad de la sociedad de abogados «Sócrates».

Los *parkings* subterráneos, vacíos de gente, siempre le producían una sensación desagradable desde que en una ocasión, yendo acompañada de una amiga, sufriera un intento de asalto, frustrado por la oportuna llegada de un automóvil en el que viajaban tres hombres y que salieron en su auxilio.

Caminó aprisa. Sacó las llaves de su utilitario y se encerró en él.

Puso el motor en marcha y, poco después, salía a la calle, rodando sobre el asfalto charolado por la lluvia. No hacía falta poner en marcha los limpiaparabrisas, ya no llovía, aunque la humedad era fuerte.

Tenía deseos de descansar, la espalda le dolía. La febril actividad de aquel día de tensión pesaba sobre la muchacha.

«¿Morirá *míster* Newman? ¿Quedará paralítico en una silla de ruedas sin poder hablar siquiera?»

Eran preguntas que Judith se hacía repetidamente; sólo las horas, los días, el tiempo, le darían la respuesta.

Al llegar frente al edificio donde vivía, no tardó en darse cuenta de que la calle estaba llena de automóviles estacionados, ocupando los más increíbles huecos.

Era un edificio ya con veinte años y cinco pisos de altura que carecía de *parking*, ya que en el momento de construirlo no eran tan imprescindibles los estacionamientos para automóviles.

Tuvo que dar un rodeo hasta encontrar un lugar donde detener el coche. Cuando paró el motor y puso el freno de mano, suspiró de alivio. Aquél solía ser uno de los peores momentos del día. Hallar un hueco para su coche antes de ir a descansar.

Al salir del coche, notó el frío de la noche húmeda. El vapor blanquecino, como un vago ectoplasma, brotaba de entre sus labios.

De pronto, tuvo una sensación de súbito miedo. Sin tiempo para comprender el porqué de aquel alfilerazo de casi pánico, movió la cabeza de un lado a otro.

Aparentemente, la calle estaba desierta, no vio a nadie; sin embargo, el instinto, el subconsciente, no sabía el qué, le advertía que había algo o alguien cerca de ella.

La iluminación la proporcionaban unas tristes farolas mojadas que hacían espejear el suelo allá donde se habían formado charcos por la lluvia.

De pronto, como si hubiera estado esperando aquel preciso instante, un perro lejano comenzó a ladrar, furioso. Judith no tenía por qué inquietarse más, pero el perro dejó de ladrar y se puso a aullar.

Se apartó de su automóvil y anduvo aprisa, nerviosa, temiendo una sorpresa desagradable. No era raro el asalto nocturno a una mujer dentro del área metropolitana londinense. Le hubiera gustado ver cerca al *bobby* de vigilancia, pero no parecía haber ninguno.

Escuchó pasos.

Creyó que era el eco de los suyos y para comprobarlo, se detuvo bruscamente. Pudo oír otros pasos que no eran los suyos, lo que hizo que la respiración se le paralizara.

Echó a correr. La portería del edificio donde vivía no estaba

lejos; si la alcanzaba, abriría y se guarecería en su interior, escaparía al posible atacante.

No faltaba mucho para llegar al portal cuando notó que se quedaba sin respiración; hizo un esfuerzo y logró llegar. Tuvo que abrir su bolso para buscar la llave y fue entonces cuando lanzó su mirada hacia la derecha y le vio.

—¡Ah!

Estaba allí, bajo la farola que le proporcionaba su luz, mientras el perro aullaba lejano.

Aquello no era un ser humano, era algo pavoroso, un ser horripilante evadido del infierno. La maldad semejaba rezumar por todos sus poros.

Los ojos redondos, grandes, miraban como enloquecidos; la boca abierta babeaba algo sanguinolento.

—¡No, no! —se dijo.

Nerviosa, aterrorizada, consiguió encontrar las llaves, pero se le cayeron al suelo.

Aquel ser, que era muy difícil saber de dónde había salido, pues con aquel aspecto era imposible que caminara por las calles de Londres a pleno día sin que la gente se espantara y reclamara la presencia de la policía, aquel ser se había detenido bajo la farola mirándola fijamente, como si dudara.

Judith estaba al borde de gritar de terror, pero no quería dejarse llevar por el pánico que la invadía, aquel pánico que hacía temblar sus piernas y le creaba una gran inseguridad, un continuo encadenamiento de pequeñas torpezas.

Consiguió abrir el portal. Empujó la gruesa hoja de madera y se apresuró a traspasar el umbral cuando aquel ser, obviamente surgido del averno o poco le faltaba para ello, corrió hacia ella.

Judith trató de cerrar la puerta, pero él ya había llegado e introducía su mano que presionó con fuerza.

Judith pudo ver de cerca, muy de cerca, la horrible mano. Era casi una garra velluda, oscura, deforme, con uñas duras puntiagudas y amarillo-grisáceas, una mano que no era humana.

—¡Auxilio, auxilio! —Se decidió a gritar, incapaz ya de dominarse. Aquello no era un hombre, era una extraña y maligna bestia con aspecto humano.

Soltó la puerta y corrió hacia el ascensor. Consiguió llegar hasta

él, abrir la puerta y encerrarse dentro cuando el extraño ser irrumpía en el vestíbulo, gruñendo y babeando.

Pulsó atropelladamente el botón cuando ya se lanzaba sobre la puerta metálica del ascensor. Resultaba difícil determinar si era un ser real o ella era víctima de una pesadilla.

El ascensor empezó a subir mientras la terrorífica criatura golpeaba el enrejado de la puerta y lanzaba una mezcla de gruñido y gemido como de impotencia.

Judith respiraba entrecortadamente, tenía que llegar a su apartamento que estaba en lo alto del edificio.

Si aquella especie de bestia, quizá un aborto repugnante de la naturaleza que había podido desarrollarse, continuaba golpeando la puerta, ella escaparía; pero no, no sucedió como Judith deseaba.

Su perseguidor dejó de golpear la puerta de recia y gruesa malla metálica y comenzó a subir por la escalera con saltos torpes, como si fuera incapaz de mantenerse erguido.

A Judith le parecía que el ascensor subía terriblemente lento, era un ascensor que no terminaba jamás. Cada dos segundos, su corazón daba cinco pálpitos y temía que se acelerase más y más hasta estallar.

Al fin, llegó a lo alto. El motor se detuvo y Judith abrió las puertas del ascensor precipitadamente.

Tenía ya el llavín en la mano y se volcó sobre la puerta para abrir y conseguir encerrarse. Desde el interior, incluso podía llamar a Scotland Yard pidiendo auxilio.

Escuchaba el ruido de aquel ser subiendo las escaleras, gruñendo, lanzando unos gemidos que sonaban bestiales y hallaban eco en la desnuda soledad de la escalera. Sus uñas duras, amarillo-grisáceas, rayaban cuanto tocaban.

La puerta cedió y Judith se precipitó hacia el interior de la vivienda.

Cerró, golpeando contra el rostro de aquel ser de cuya garganta brotó un grito aterrador.

Ya detrás de la puerta, Judith colocó los cerrojos de seguridad y respiró hondo mientras oía arañazos y golpes. Estaba segura de que aquel ser horrible no lograría derribar la puerta, era sólida y resistente.

Cesaron los golpes, los arañazos, y escuchó ruidos de difícil

identificación. Luego, un alarido largo, profundo, que terminó con un golpe sordo.

Judith no pudo más y se desmayó.

* * *

Los timbrazos resultaron fuertes, insistentes. Judith despertó y se vio en el suelo. Le dolía la cabeza, se sentía mal, muy mal. Un nuevo y largo timbrazo la obligó a reincorporarse.

—¿Quién es? —preguntó sin demasiadas fuerzas.

Nuevos timbrazos…

Se levantó, aturdida, y observó por la mirilla telescópica.

Vio el uniforme de un policía y una oleada de tranquilidad la invadió. Se apresuró a descorrer los cerrojos de seguridad y franqueó la entrada. Su aspecto no debió ser muy bueno porque el agente preguntó:

—¿Se encuentra bien?

—No lo sé, me he desmayado.

—¿Ha sido atacada?

—Sí, sí.

—Disculpe un momento, haga el favor de no cerrar la puerta. El peligro ya ha pasado.

El policía bajó por la escalera, abajo se escuchaban voces. Al poco, el agente subió con otros dos hombres vestidos de paisano.

—Señorita, ¿llamamos a un médico?

—No, no es necesario.

—¿Tiene alguna herida?

—No, por suerte no me alcanzó. Estuvo golpeando la puerta y como me había perseguido, yo, yo me he desmayado. Acabo de recuperar el conocimiento.

Judith se dio cuenta de que la observaban con mucha atención. No tenía heridas visibles, pero en la puerta del apartamento aparecían los profundos arañazos.

—¿Puede acompañarnos un instante?

Ante la pregunta del inspector de Scotland Yard, Judith preguntó:

—¿Adónde?

—Un momento, abajo.

La muchacha miró la puerta y el inspector, como captando su

intención, la tranquilizó.

—No tema, el agente se quedará de guardia en la puerta hasta que usted regrese.

—Bien.

Descendieron a pie pese a que el ascensor estaba detenido en lo alto.

Judith no supo por qué hasta llegar abajo, donde la puerta estaba abierta.

—El atacante ha subido por encima de los enrejados protectores y ha caído al foso del ascensor.

—No quiero verlo —espetó Judith, retrocediendo.

—Por favor, mírelo. De todos modos, va a tener que identificarlo en la Morgue.

Habían preparado un foco, alimentado por un cable que salía a la calle y que debía estar conectado a un automóvil policial.

—Es un monstruo —dijo, asustada, mientras desviaba su mirada. De pronto, al ver el rostro, exclamó—: ¡Tobby!

CAPÍTULO II

El cementerio estaba solitario. Había aguanieve, no en mucha cantidad y tampoco había cuajado, pero se notaba el frío y la humedad, todo estaba mojado.

Alargó unos billetes a los sepultureros que se alejaron murmurando unos pésames protocolarios a los cuales Judith casi no prestó atención.

Aún se sentía confundida, sin llegar a comprender lo ocurrido.

Tobby, su joven hermano, era ya un cadáver que había pasado por la Morgue y al que se había practicado la autopsia para averiguar las causas de la muerte.

Obviamente, la caída por el foso del ascensor había sido el motivo claro e irrefutable y la policía incluso se mostró extrañada de que en aquel joven cuerpo no se encontraran vestigios de ninguna clase de droga, incluido el alcohol.

Había hundido las manos en su gabardina blanca, para aquella dramática ocasión había prescindido de la roja.

Se dirigía hacia la salida como si sobre sus espaldas hubieran cargado un pesado fardo cuando observó que un hombre alto y magro, pese a que vestía abrigo oscuro y sombrero, le salía al paso.

—*Miss* Judith…

No preguntaba sino que interpelaba, conocía su nombre.

Se detuvo, no le agradó encontrarse con un desconocido en el cementerio. Los empleados del mismo andaban ya lejos, como escapando al frío o quizá preparándose para otro entierro.

Aquel hombre, visto de cerca, era muy alto, más de lo que le había parecido a distancia, ya que no había ningún otro hombre a su lado para poder comparar.

El rostro era demacrado y sus ojos tenían un poder que a Judith la inquietó y la hizo ponerse en guardia.

—¿Nos conocemos?

—No tenía el placer de conocerla a usted personalmente, *miss* Judith.

Las palabras del hombre sonaban graves, casi adormecedoras; no había aparente agresividad en ellas, más bien tranquilizaban, parecían narcotizantes.

—¿Conocía a Tobby?

—Sí. ¿Me permite que la acompañe?

Pensó que aquel hombre podía informarla sobre lo que había sido de Tobby en los últimos tiempos, ya que ella le creía en Southampton y no en Londres.

—Tengo mi propio coche afuera. Si quiere, podemos pasear despacio hasta el estacionamiento.

—Conocí a Tobby en la academia de danza.

—Sí, él había deseado siempre ser un bailarín de *ballet.*

—Le gustaba la danza, sólo que para alcanzar un puesto en un *ballet* importante hay que ser muy bueno.

—¿Insinúa que Tobby jamás lo hubiera alcanzado?

—Creo que no y soy sincero.

—¿Y usted quién es para dar esas apreciaciones?

—El propietario de la academia.

Judith expulsó el aire de sus pulmones por la nariz. Era como si por aquel procedimiento expulsara alguna desagradable réplica.

—Bien. ¿Y qué pudo ocurrir con Tobby para que saliera a la calle disfrazado?

—¿Disfrazado?

—Sí, iba disfrazado. Consiguió asustarme, no entiendo por qué lo hizo.

—Yo tampoco. Tobby era un buen muchacho aunque tenía sus pequeñas rarezas, todos las tenemos. Por cierto, me contó que usted sabía bailar.

—¿Yo?

—Sí, eso me dijo. ¿No es usted Judith?

—Sí, claro, y no tenía otra hermana. Bueno, la verdad es que sí había danzado en el *college,* pero como aficionada.

—Si tiene aptitudes…

—No, no creo. La verdad es que me siento bien con mi profesión de secretaria, quizá porque me gusta la seguridad.

—¿Por qué no se pasa por mi academia?

—La verdad es que no tengo tiempo.

—Podría practicar como *hobby*; además, no le cobraría ni un penique.

—¿Ah, no? —Se asombró la muchacha.

—No. La academia está sustentada por mecenas, hacemos arte y el arte debe mantenerse. La danza es una profesión difícil y no siempre los buenos bailarines consiguen buenos contratos.

—¿Y quiénes son los mecenas?

—Los miembros de un club privado. Venga a la academia y así nosotros no notaremos la ausencia de Tobby.

—Es que ahora no…

Aquel individuo, que aún no había dado su nombre, sacó una tarjeta que rezaba:

Príncipe Iván Federov

Luego, había una dirección.

—¿Son las señas de la academia?

—Sí, me agradaría que pasara por ella. Encontraría amigos y amigas, jóvenes y encantadores como usted.

—Veré si en una próxima ocasión puedo ir. Ahora estoy muy ocupada, príncipe Federov.

—Puede llamarme Iván simplemente.

Aquel hombre la saludó con una inclinación de cabeza y se alejó en dirección a un coche grande y oscuro a cuyo volante había un chófer de uniforme. Aún a distancia, le pareció observar que el chófer era oriental.

Vio alejarse al gran automóvil oscuro y Judith se introdujo en su pequeño utilitario amarillo.

Se dirigió a la sociedad de abogados «Sócrates». Estacionó el coche y subió a las oficinas. Todo parecía normal en apariencia, los clientes ignoraban que *míster* Newman no estaba allí, al frente del grupo de abogados.

Entró en su despacho que era el antedespacho de *míster* Newman. Descargó su bolso sobre la mesa y colgó la gabardina en el armario que tenía a su disposición.

Cuando se abrió la puerta del despacho de *míster* Newman, apareció un hombre joven, alto, correctamente vestido. La ropa le caía bien pero se le notaba un tanto incómodo dentro de ella pese a

que vestía camisa con cuello de cisne, rehuyendo la corbata.

Le gustó el color rojizo de su cabello y el gesto amable, casi sonriente de su rostro al dirigirse a ella.

—Es usted Judith, la secretaria, ¿verdad?

—Sí. ¿Y usted?

—Richard Newman.

—¿El hijo de *míster* Newman?

—Sí. Debido a la enfermedad de mi padre, voy a hacerme cargo de todo esto hasta que él se reponga. El consejo de abogados me informará acerca de la marcha de la sociedad, pero estoy seguro de que quien mejor me pondrá al corriente de los problemas que preocupaban a mi padre es usted.

—Estoy a su disposición. ¿Cómo se encuentra *míster* Newman?

—Por desgracia, no muy bien. Cuando se reponga, me temo que necesitará una silla de ruedas.

—Es una gran pena. *Míster* Newman es…

—Era.

—Sí, desgraciadamente —aceptó Judith la corrección de Richard—; era un hombre muy activo.

—Se estará preguntando por qué no venía por aquí.

—Pues, yo…

—Terminé la licenciatura de derecho y me fui a Suiza a ampliar mis conocimientos, ya que deseaba tener estudios internacionales. Lo ocurrido me ha hecho regresar y cancelar temporalmente mis estudios en Suiza, quién sabe si para siempre.

—No diga eso, todos deseamos que *míster* Newman se recupere y entonces, usted…

—Bien, sea lo que fuere, no podré evitarlo. Cuando heredamos una tradición, no podemos evitar las imposiciones del destino.

A Judith le agradó aquel hombre joven y educado, un hombre que controlaba todos sus movimientos.

Tenía aspecto de poseer la capacidad suficiente para llevar adelante asuntos jurídico-internacionales.

Richard Newman desconocía totalmente el trabajo de los despachos de su padre, pero era inteligente y estaba preparado, por lo que fue absorbiendo inmediatamente cuanto se le decía.

Fue visitado individualmente por todos y cada uno de los abogados que componían el consejo y que fueron informándole.

Judith fue tomando notas que luego pasaría a limpio para actuar como recordatorios de Richard Newman, el cual, en todo momento, se mostraba abierto y cordial.

Richard evitó ser invitado por nadie y a su vez invitó a Judith a almorzar con él. La joven llevó las notas en su bolso, pues consideró la comida como de trabajo.

—No, por favor —suplicó él, sonriente—. No es bueno empacharse con nada, ni con trabajo, información ni comida… Hablemos de ti, Judith.

La observación la sorprendió. Lo que menos esperaba es que el heredero Newman le pidiera hablar de ella misma.

—Pues, ¿qué quiere que le diga?

—Lo que le ha pasado a mi padre es grave, pero lo que le ha ocurrido a tu hermano menor es trágico.

—¿Se lo han contado?

—Sí, y no voy a engañarte, incluso he hablado con el juez que se ha encargado del caso.

—¿Con el juez? —repitió, extrañada.

—Sí.

—¿Por qué?

—Por si este bufete de abogados podía hacer algo en este caso.

—No, no se puede hacer nada.

—Sí, eso me han dicho. Parece que ha sido una especie de locura transitoria con un final trágico.

—Sí, debió enajenarse mentalmente por alguna causa que yo no conozco.

—Scotland Yard, tampoco, pero hay algo que no ha quedado claro.

—¿El qué? —preguntó mirándole, dándose cuenta de que Richard trataba el tema con naturalidad a la vez que con cuidado.

—Si no quieres que hablemos de ello, lo dejamos.

—No, no, siga.

—Si yo te tuteo, tú debes hacer lo mismo conmigo.

—Usted es el jefe.

—Bueno, a lo mejor sólo por unos pocos días. Mi padre es capaz de dirigir todo esto aunque sea a bordo de una silla de ruedas, tú ya lo conocerás bien. Es muy dinámico, demasiado activo; si fuera más tranquilo, quizá no habría sufrido el infarto.

—¿Decías de mi hermano…?

—Ah, sí. Tú dijiste que se había disfrazado para asustarte.

—Sí. Yo lo tomé por un ser monstruoso, algo horrible.

—Sin embargo, ese disfraz que tuvo que utilizar no ha aparecido por parte alguna.

—Eso me han dicho.

—Pudo quitárselo y esconderlo en alguna parte, lo que no encaja, porque la caída por el hueco del ascensor fue casi inmediata y no podemos olvidar que para caer dentro del foso tuvo que trepar por las rejas con malla metálica, colocarse encima de la propia cabina y dejarse caer por uno de los lados, entre las rejas y la cabina, donde cabe justo una persona, claro que al rebasar la cabina en su caída, el foso ya quedaba libre y fue a golpear contra los topes que hay en el fondo.

—Sí, no encaja, pero yo estoy segura de que se me apareció convertido en un horrible monstruo que ni siquiera llegó a hablar. Gruñía y gemía, era dantesco, no parecía humano.

—¿Estás segura de que quiso atacarte?

—La huellas en la puerta…

—¿Y si fueron hechas por desesperación?

—¿Desesperación?

—Sí, quizá lo que pretendía es que le ayudaras, pero por su enajenación transitoria no conseguía explicarse.

Judith quedó pensativa unos instantes. Miró el pedazo de rosbif que tenía delante, olía muy bien pero ella no sentía apetito.

—Sí, puede ser, ahora que lo pienso, pero yo estaba muy asustada.

—¿Antes nunca tuvo ningún ataque digamos de locura?

—No. Yo ni siquiera sabía que estaba en Londres, le creía en Southampton.

—¿Tienes más hermanos?

—¿Y padres? Vivos, me refiero.

—No. Tobby vivía con unos primos, un matrimonio algo mayor.

—Bueno, ya no se puede hacer nada; sin embargo, me intriga eso del disfraz. —Suspiró levemente—. Si Scotland Yard no lo ha encontrado, creo que no lo hallaremos jamás. No descubriremos nunca la explicación a lo sucedido.

Quedó pensativa y Richard comprendió que hablando de aquel

tema sólo había hecho que preocupar más a Judith, agobiada de trabajo. Alargó su mano y la posó sobre la de ella.

Judith, al notarla, miró a los ojos de Richard y comprendió que el joven heredero Newman no trataba de jugar con su secretaria, es decir, la secretaria de su padre, sólo deseaba darle ánimos.

Sonrió, pero en el aire flotaba un enigma que ella creía que no iba a resolverse jamás.

Recordó al extraño príncipe Iván Federov y lo que le había hablado de su academia de baile. ¿Podría saber algo aquel enigmático personaje de Tobby y su extraña muerte?

CAPÍTULO III

Gwendolyne hacía un solo en el pequeño escenario de aquel teatrito de barrio mientras sus compañeros la observaban.

Formaban una cooperativa de actores con más amor al arte de Talía que salida profesional, ya que los contratos no llovían sobre ellos.

Desde su butaca, Judith observaba las evoluciones de Gwendolyne que, vestida con una ajustadísima malla, semejaba desnuda.

La música brotaba de un magnetófono de tipo medio, lo mismo que los amplificadores de sonido que estaban muy lejos de ser los utilizados por los cantantes de moda, protegidos por las grandes multinacionales del disco.

La música hizo un cambio y aparecieron en escena otros danzarines, Gwendolyne se alejó. Aquellas interpretaciones no tenían nada que ver con el clasicismo de la danza, eran la antítesis de la ortodoxia y ellos mismos se consideraban ultraavanzados en la expresión corporal.

No resultaba fácil entenderlos cuando trataban de expresar con movimientos sus sentimientos más ocultos que estaban lejos de ser los tópicos habituales, tópicos que ellos consideraban como salidos de veladas de colegios de niñas bien. La propia música estaba realizada con sintetizadores electrónicos aunque fueran versiones libres. No había terminado aún la representación cuando Gwendolyne se sentó junto a Judith, habiendo pasado ya por la ducha y vestida después. El esfuerzo realizado era evidente.

—¿Te gusta? —le cuchicheó.

—Es un poco complicado, ¿no?

—Sí, sí lo es, pero si te metes en ello, lo entiendes mejor y luego lo demás no te gusta, te parece cursi, aburguesado.

—¿Crees que llegarás a alguna parte con este grupo, aunque lo

haga bien?

—No lo sé. La verdad es que tenemos momentos de desfallecimiento, es muy duro esto. La mayoría trabajan en las cosas más raras, pero siempre andan buscando empleos en el mundo del teatro y el cine.

Cuando terminó aquella especie de ensayo, Gwendolyne y Judith salieron a la calle.

La tarde era fresca. El cielo estaba encapotado pero no dejaba de ser aceptable, se podía caminar.

—¿No te importa acompañarme? —le preguntó Judith.

—No, claro que no. La verdad es que no conozco esa academia de que me has hablado y mucho menos a ese príncipe ruso.

—Supongo que será descendiente de uno de los príncipes exiliados de cuando la revolución rusa.

—Anda, no lo estropees. Eso de príncipe siempre queda bonito.

—Me daba cierto reparo ir sola.

—¿Es que quieres dedicarte a la danza? Lo hacías bien.

—No como tú. Además, hace tiempo que no practico.

—Tenías facultades.

—Mi hermano sí las tenía, aunque…

—¿No era un genio?

—No, no lo era, por lo menos es lo que me ha dicho ese príncipe.

—Ya veremos qué tal lo hacen los demás alumnos de su academia.

Hablaron de distintas cosas, Judith no deseaba profundizar con su amiga en tan espinoso tema.

La academia se hallaba en el centro de la city. Era un edificio muy antiguo al cual se entraba por una especie de pasadizo amplio que debió ser utilizado para carruajes de caballos. Ahora, unos pilones de granito impedían que los automóviles se filtraran por él buscando algún lugar de estacionamiento en un patio interior que allí había y que estaba adoquinado.

—Hum, tiene sabor esto.

Había arcadas y varias puertas. En una de ellas, un rótulo de cobre anunciaba:

DANCE ACADEMY

Un aldabón en forma de mano les permitió llamar a la puerta y la gruesa hoja de madera no tardó en abrirse.

Judith reconoció al oriental como al chófer del príncipe Iván Federov, no le cupo duda de que era el mismo personaje, aunque ahora no llevaba uniforme.

Judith no tenía excesiva experiencia en rostros orientales. Lo cierto es que para un europeo siempre resultaba difícil diferenciar a un japonés de un coreano, a un coreano de un chino o a un tailandés de un indonesio o birmano, pero tuvo la impresión de que aquel hombre era cingalés.

—El príncipe Federov me dio esta tarjeta para que viniera.

El oriental ni siquiera miró la tarjeta, le bastó ver los rostros de las muchachas para hacerse a un lado y dejarlas pasar.

Penetraron en una especie de vestíbulo que en vez de paredes tenía espesos cortinajes. Se podía oír una música desconocida para las dos muchachas que al quedar al otro lado de las cortinas vieron que se hallaban frente a una gran sala con piso de *parquet* de primerísima calidad.

Las paredes eran totalmente de espejos y no había barras al uso para las prácticas de danza. Sobre el *parquet*, varios jóvenes evolucionaban danzando, pero no seguían un orden, sino que cada cual ejecutaba su propio baile.

El oriental las guió por uno de los lados para que no cruzaran por el centro de la sala. Al otro lado había butacas donde otros jóvenes permanecían sentados, descansando o cuchicheando entre ellos.

El oriental las condujo hasta un despacho muy regio, lleno de objetos exóticos y antiguos, muchos de ellos encerrados en vitrinas limpísimas.

Iván Federov estaba allí. Sobre su cabeza había un enorme cuervo con las alas desplegadas. Estaba disecado y sus plumas no tenían el color mate característico de las aves disecadas sobre las que se acumula el polvo del tiempo; aquel cuervo era negro azulado y brillaba como si estuviera vivo. Sus ojos semejaban mirar, pero su actitud era completamente inmóvil.

—Es hermoso, ¿verdad? —preguntó el príncipe Federov a Judith, a la que el cuervo había llamado poderosamente la atención.

—Sí, jamás había visto uno tan grande.

—Es excepcional, procede del principado de mis antepasados; pero es mejor no hablar de ello.

—Ya ve, príncipe Iván, he venido.

—Y por lo que veo, bien acompañada.

—Es mi amiga Gwendolyne. Ella es profesional de la danza.

—¿Ah, sí?

—No tanto, no tanto, casi profesional —corrigió Gwendolyne.

—Será interesante verla danzar.

—Quizá mi estilo no conecte con su forma de pensar, con el estilo de su academia —se excusó Gwendolyne.

—Soy de los que opinan que la danza ha de ser libre y no deben seguirse unas pautas rígidas, ortodoxas.

—¿Cree en la expresión viva?

—Exactamente, pero para esta clase de danza en vivo hay que tener mucha sensibilidad.

—Sí, es lo que comentamos a veces.

Judith desvió la conversación hacia donde más le interesaba.

—¿Danzaba mi hermano Tobby en esa sala?

—¿Tobby? Ah, sí, Tobby. Sí, sí, como los demás.

—¡Nooooooo!

El grito les sorprendió, perturbándoles y todos miraron hacia la puerta. La furiosa negativa había salido de una garganta de mujer.

—Aguarden aquí —pidió Iván Federov que no encajaba en absoluto con la idea que Gwendolyne tenía sobre los príncipes.

Judith y Gwendolyne salieron del despacho, yendo tras el príncipe que se dirigió rápidamente a la sala en la que seguía sonando la música, pero los danzarines habían dejado de bailar.

En el centro, sobre el suelo de madera, como presa de un ataque de epilepsia, se agitaba una guapa muchacha que vestía un maillot negro. Los ojos se le habían agrandado y espumeaba por la boca. Gritaba, gemía.

Judith experimentó una rara sensación. En aquel instante recordó el rostro monstruoso de Tobby cuando la había perseguido en la noche, ocultándose por temor a ser visto por otras personas. No se parecían, evidentemente, pero había algo que establecía paralelismo entre ambos.

Los restantes danzarines observaban a la compañera con mucha

preocupación, pero ninguno osaba tocarla.

El servidor oriental del príncipe se situó tras ella y le sujetó la cabeza. El príncipe se colocó ante la joven y comenzó a hablarle en tono bajo.

Sus palabras no se entendían, pero sus pupilas absorbían las de la muchacha hasta que la tensión fue cediendo y ella se relajó, quedando como exhausta.

Federov ordenó algo a su servidor y éste tomó entre sus brazos a la joven. Se la llevó mientras el príncipe, puesto en pie, decía:

—Por hoy es suficiente, podéis marcharos.

Nadie dijo nada, nadie protestó. Todos se dirigieron a los vestuarios y el príncipe Federov regresó junto a Judith y Gwendolyne, encerrándose con ellas en su singular despacho.

—Esa muchacha me preocupa —observó con el tono de voz grave y cadencioso que le caracterizaba.

—¿Está enferma? —preguntó Judith.

—Sí, un poco. La verdad es que no está dotada para la danza, me refiero a que no puede salir a un escenario. Podría ser víctima de un ataque semejante en mitad de una función.

—Sí, claro —admitió Gwendolyne.

—¿Puedo hacerle una pregunta, príncipe?

—Sí, cómo no.

—¿La ha hipnotizado?

Él, como respuesta, se limitó a sonreír, suficiente.

—¿Por qué la tiene en la academia, si no puede llegar a danzar en un escenario?

—No quiero dañarla más —respondió a Gwendolyne—. Después de todo, los gastos están cubiertos y no es ningún problema tenerla en la academia.

—Sus alumnos, ¿dónde bailan?

—No actúan en escenarios, sino en sesiones privadas.

—¿Qué clase de sesiones privadas? —insistió Gwendolyne, interesada.

—Pues… —Hablaba muy despacio, a Judith no le agradaba aquel individuo, pero estaba allí tratando de descubrir lo que había ocurrido a Tobby, una muerte tan extraña como aterradora—. Sesiones privadas, simplemente para los miembros del club privado que subvenciona los gastos, también para miembros de la

aristocracia internacional, siempre en lugares elegantes donde se sabe comprender y apreciar el arte.

—Y a todo esto, ¿qué ganan los danzarines? —preguntó Gwendolyne, interesada por la posible compensación económica.

—¿Ganar? Bueno, hay ocasiones en que si la danza complace mucho al auditorio, es posible que haya una gratificación. De todos modos, los viajes son gratuitos, lo mismo que las estancias fuera de Londres y, por supuesto, aquí no hay ningún gasto. Los alumnos pueden actuar donde quieran fuera de aquí, nadie se lo impide. Hay buen compañerismo y si los alumnos valen, los promotores de las Secciones privadas se fijan en ellos y con una adecuada recomendación a las personas u organismos apropiados, encuentran un puesto en los mejores *ballets*, no sólo del Reino Unido sino de todo el mundo.

—¿Qué te parece, Judith?

—No lo sé, soy secretaria de abogacía y así me va bien.

—Ya le dije que un *hobby* siempre es bueno y mucho más cuando ese *hobby* es puro arte. Quién sabe si el día de mañana puede alcanzar metas importantes.

—Yo puedo entrar, estoy en un grupo semiprofesional.

—Sí, sí, claro. Veremos qué puede hacer y usted también —le dijo a Judith, encarándose con ella.

Cuando las sacó del despacho, ya no estaban los otros alumnos. Les mostró el vestuario y el armario donde podrían encontrar maillots de distintas medidas. Las dos jóvenes quedaron solas.

—¿Crees que es bueno que nos quedemos aquí con ese tipo? —preguntó Judith, recelosa.

—No irás a tener miedo ahora —cuchicheó Gwendolyne—. Tú me has traído aquí.

—Pero, no sabía que nos quedaríamos a solas con él.

—¿Temes que nos violen?

—No, no parece esa clase de tipo, pero no me gusta y creo que tiene el poder de hipnotizar.

—Es emocionante, ¿sabes? Este lugar puede caerme bien. Danzar ante gente importante, gente con influencias… Además, es gratis, el salón es grande, bien acondicionado. Si me acepta, creo que vendré por aquí y tú podrías hacer lo mismo.

Judith se dejó arrastrar por la seguridad de su amiga que se

colocó el maillot negro de su medida.

Judith se desnudó con cierta cautela, no estaba muy segura de que no pudieran estar observándolas sin que ellas lo notaran.

Tuvo una sensación de recuerdo emocionado al vestirse con el maillot. Recordó su tiempo de escuela, cuando practicaba junto con sus compañeros de estudios y aunque todos le habían dicho que tenía aptitudes para la danza, ella había escogido otra profesión, quizá dándose cuenta de que no conseguiría el gran éxito en el baile clásico. Posiblemente, eso lo sabía ella mucho mejor que quienes la aconsejaban.

—¿Lista?

—Adelante, Gwendolyne.

Salieron al salón y a Judith la complació comprobar que el príncipe estaba acomodado en una butaca lejana, lo que indicaba que no había estado husmeando en torno a la puerta de vestuarios. Junto a él se hallaba el oriental cingalés.

—Ya estamos listas. ¿Qué quiere que bailemos?

—Akuan pondrá un poco de música. Interpretadla a vuestra manera, veremos de qué sois capaces.

Akuan, que así parecía llamarse el oriental de cabellos gruesos, negros, lacios y brillantes como sus ojos, como su tez de bronce ocre, se introdujo entre unas cortinas e, inmediatamente, comenzó a oírse música.

—Es una versión libre del *Pájaro de fuego* —cuchicheó Gwendolyne.

—Danza tú primero. Yo ahora no sabría, así, en frío.

—Como quieras —respondió Gwendolyne que tenía deseos de lucirse.

Judith se mantuvo alejada del príncipe Iván Federov, colocándose junto a una de las paredes de espejos.

Gwendolyne se entregó a la danza. Tenía los ojos abiertos, pero no miraba a ninguna parte concreta. Iba de un lado a otro, expresando.

El príncipe Iván Federov no dijo nada, no le pidió a Judith que danzara como lo estaba haciendo su amiga y la joven tampoco deseó interrumpir el baile de su compañera.

Judith comprendió que durante los años que ella había abandonado el *ballet* y que su amiga había seguido practicando, se

había creado una especie de barrera que tendría que rebasar y no sería fácil.

Gwendolyne sabía expresarse danzando, ahora comprendía mejor lo que le viera hacer en el escenario del pequeño teatrito de barrio. Era como si un árbol, aparentemente reseco en invierno pero cargado de sentimientos dormidos, al llegar la primavera despertara llenándose de hojas y flores se transformaban en frutos.

No pudo por menos que admirar la entrega a la danza que hacía Gwendolyne. No había sofisticación ni automatismo en ella; no había ortodoxia, era la esencia viva de la expresión de sentimientos por parte de la joven que sabía traducir en movimiento lo que experimentaba con la música.

La música fue cambiando sin que apenas se dieran cuenta.

Era ya una melodía desconocida para Judith que se metía en la mente incluso a través de la piel de todo el cuerpo. La notaba en sus piernas desnudas, en sus brazos, en su espalda…

Como estaba absorta siguiendo las evoluciones de Gwendolyne, no se dio cuenta de que el príncipe Iván Federov se le acercaba hasta situarse junto a ella.

Cuando vio su alargada figura, se sobresaltó un poco y tuvo el instinto de retroceder, mas no lo consiguió. Tras ella estaba la pared, totalmente oculta por los espejos.

—¿No danzas tú también?

—¿Yo?

—Sí. La música suena y yo sé que la sientes dentro de ti.

—No me atrevo, hace mucho tiempo que no bailo. Era una adolescente cuando lo hacía.

—Dame tus manos.

—¿Mis manos? —Se las miró—. ¿Para qué?

—¿Me tienes miedo?

Judith vio la sonrisa de suficiencia del príncipe y se dijo que sí que tenía verdadero miedo, pero no quiso confesarlo.

—No.

—Pues, dame tus manos.

Sintiéndose atrapada, alargó sus manos. Él las cogió entre las suyas con delicadeza.

Se encontró con los ojos del príncipe y tuvo la impresión de que se hacían más grandes, que se tornaban como dos lunas que

enrojecían poco a poco mientras de sus dedos fluía una fuerza desconocida que pasaba a las manos femeninas.

Le pareció que le hablaban, pero no estuvo segura de entender conscientemente lo que se le decía.

Las manos la soltaron y Judith comenzó a danzar como sometida por las dos pupilas que la seguían en cada evolución, como si no hubiera otra cosa ante ella que aquellas dos lunas rojas. Se olvidó de que tenía peso y volumen. Le parecía flotar mientras danzaba por el salón sin ver siquiera a Gwendolyne que también danzaba, interpretando la música que brotaba por los altavoces.

Inmersa en el baile, Judith sintió verdadera angustia.

De pronto, alzando la vista, vio a un ser grande. Su rostro era difícil de precisar, pero ella supo que era maligno, terriblemente maligno.

En su mano portaba un látigo enroscado, todo él era oscuro y sus ojos eran sendas llamas. Era como un ser brotado de algún extraño cuadro, oculto porque podía inspirar horror.

De súbito, el látigo se desenroscó y restalló en el aire. Judith saltó, temerosa de ser alcanzada, y el látigo volvió a restallar como buscando su figura hermosa, de curvas bien redondeadas y proporcionadas.

Perseguida por el látigo de aquel ser diabólico de cuya existencia ignoraba, saltó de un lado a otro y aquello la obligaba a danzar más y más, con más vibraciones rítmicas, con más entrega y violencia.

De pronto, el látigo se enroscó en su cintura y se sintió arrastrada hacia aquel ser diabólico. No podía escapar, el látigo la ceñía como un sádico dogal, como los brazos de serpiente de un sátiro amante.

Se sentía ahogada, impotente, hasta que se apoyó sobre las puntas de los pies y giró sobre sí misma en sentido inverso al enroscamiento del látigo, liberándose de él.

Judith saltó, casi voló hasta sentirse extenuada y entonces dobló sus rodillas, se apoyó en el suelo de madera y allí quedó como reposando hasta que un aplauso comedido la liberó de su abstracción.

A su lado estaba Gwendolyne, reincorporándose como ella.

—¿Cómo estás, Judith?

—Bien, creo que bien. ¿Y tú? —respondió al tiempo que miraba hacia el techo buscando la imagen de aquella especie de rey de los infiernos que llevaba un látigo entre sus manos.

Sin embargo, el techo era de un color oscuro y allí no había ninguna clase de representación pictórica.

CAPÍTULO IV

Sentado en una silla de ruedas, *míster* Newman no parecía la misma persona de pocos días atrás.

Tenía todo el lado izquierdo paralizado y en lo que más se le notaba era en el rostro. Media cara estaba paralizada y producía una sensación extraña mirarle. Incluso, hablaba con torpeza.

—No se preocupe, *míster* Newman. Los doctores pronto le pondrán bien y le veremos en su despacho —le dijo Judith, deseosa de infundirle ánimos.

—No, no creo —dijo, torpemente—. Esto se acaba para mí.

—No diga eso, *míster* Newman, usted tiene que dar mucha guerra todavía.

Abandonó el confortable saloncito acompañada de Richard.

—Los doctores han dicho que se conseguirá una mejora, pero…

—¿No hay esperanzas?

—En su caso, no. El corazón no resistió y, por lo visto, había tenido ya unos miniinfartos anteriores que le provocaron coágulos de sangre que en esta última ocasión se le dispararon, obstruyéndole el riego sanguíneo del cerebro. Pese a los anticoagulantes, no ha sido posible recuperar todo lo perdido.

—¿Y el corazón?

—Tocado.

—¿Lo operarán?

—Por ahora, no. Si tuviera la mente bien, valdría la pena, pero estando como está es un riesgo innecesario. Sé que es hablar con algo de crueldad, pero…

—Hay que ver las cosas como son. —Judith hizo una pausa mientras caminaban hacia la salida—. Si en la operación corre un riesgo mortal muy alto y luego la recuperación cerebral es mala…

—Ya habrás visto que mi padre no está en plenas facultades.

—Sí, está muy mermado, pero confío en que se recupere.

—Se está haciendo todo lo posible. Los mejores médicos de Inglaterra lo están tratando y su habitación, en cuanto a medicamentos, parece una farmacia.

—Creo, Richard, que tú puedes llevar el despacho lo mismo que tu padre.

—Eso espero; no obstante, aunque en la sociedad de abogados tenemos la mayoría de acciones, es el consejo de profesionales de la compañía quien debe decidirlo. Estoy seguro de que hay otros más competentes que yo, aunque sólo sea por haber acumulado más experiencia en sus vidas.

Instintivamente, Judith comenzaba a dudar de si verdaderamente la apenaba la enfermedad de *míster* Newman que lo había dejado sujeto a una silla de ruedas y muy lejos de lo que fuera antes intelectualmente, pues Richard era mucho más asequible y atractivo que su padre.

Pensaba en todo aquello cuando al acercarse al gran vestíbulo de la mansión de los Newman se sobresaltó al ver a quien estaba allí esperando.

—Príncipe Federov…

—Hola, Judith, hace días que no te acercas por la academia —la saludó él, con una sonrisa que era mitad de reprimenda y mitad de suficiencia, como si estuviera seguro de que ella volvería.

—No he tenido tiempo, tengo mucho trabajo. Gwendolyne sí va, ¿verdad?

—Sí, ella sí viene. Es una magnífica danzarina, por ahora la mejor que tengo, pero…

—¿Qué?

—Ven, ven y podré explicártelo con más detalle.

Un criado hizo pasar al príncipe Federov al interior de la mansión. Richard no había dicho nada, pero su actitud era de recelo.

—¿De modo que conoces a ese hombre? —le preguntó a Judith.

—Sí.

—¿De ir por el despacho?

—Jamás lo he visto antes en el despacho y me ha sorprendido mucho verle aquí.

—Una vez le vi y no me gustó. Le dije a mi padre que ese tipo no me parecía de fiar.

—Es un príncipe.

—No lo creo.

—¿No lo crees? Es lo que dice su tarjeta.

—No es el primer embaucador que se hace imprimir tarjetas con títulos falsos, especialmente si proceden de países donde la aristocracia ha desaparecido. Te quedarías perpleja si supieras cuántos descendientes de condes, marqueses, duques e incluso príncipes pululan por la Europa occidental, según ellos procedentes de países socialistas. Muchos de ellos, me refiero a los auténticos, ni siquiera han nacido en el país del que dicen ser originarios sus títulos heredados y que ya nadie reconoce porque es evidente que esos países socialistas no volverán al pasado. Son tiempos periclitados y que han llegado a olvidarse por completo.

—Mi hermano asistía a una academia de danza. Al príncipe Federov le conocí en el cementerio y por petición de él fui a su academia de danza. Es un hombre un poco extraño.

—Creo que toda esa clase de embaucadores son especiales. Suelen ya tener un aspecto fuera de lo normal. Federov, por ejemplo, es muy alto y al vestir siempre de negro, aún lo parece más. Su rostro nos recuerda más al de un comisario de policía de un siglo atrás, acostumbrado a pasearse entre los calabozos donde se azotaba a los condenados.

—No será tanto. Yo más bien lo veo como una especie de mago ilusionista que cuida su imagen como tal. Un vulgar administrativo no puede pasar como un hipnotizador maestro en artes mágicas, aunque él no presume de tales cualidades.

—¿De qué presume entonces? —preguntó Richard.

—De maestro de danza y de conocer a mucha gente importante.

—Esto último sí parece ser verdad.

Caminaron hacia la salida. Ya al aire libre, Judith preguntó:

—¿Qué ha venido a hacer a vuestra casa, si no te cae bien y piensas que es un embaucador?

—No lo sé. Mi padre, aunque ha sido un hombre racionalista, parece ser que en secreto ha tenido sus debilidades. Quizá ese pseudobrujo le haya ofrecido algo interesante, ya lo averiguaré.

—Si no se trata de un secreto y no me tomas por indiscreta, me gustaría saberlo.

—¿Por qué?

—No lo sé a ciencia cierta. Llámalo intuición femenina, pero pienso que él tuvo algo que ver con la muerte de mi hermano.

Richard la miró a los ojos y se dio cuenta de que ella no mentía, de que realmente estaba interesada en aquel oscuro asunto en el que sospechaba estaba involucrado el enigmático Iván Federov.

CAPÍTULO V

Gwendolyne había estado ensayando junto con los demás compañeros en la academia de baile del príncipe Federov. Todo parecía normal, nada extraño había ocurrido.

Los alumnos se sentían bien allí, sin tener que abonar nada a cambio.

El propio príncipe Federov actuaba como maestro de danza y coreografía y, al parecer, lo hacía bastante bien.

La situación quedaba más favorecida porque llevaba como invitados a otros maestros del *ballet*, extranjeros en su mayor parte. La presencia de aquellos maestros complacía mucho a los alumnos que de esta manera aprendían nuevas técnicas.

El príncipe Federov daba a entender que conocía a mucha gente importante y quedaba evidente que así era cuando grandes maestros se presentaban en la academia e incluso ofrecían demostraciones. Lo que los alumnos ignoraban es si a estas figuras les pagaban o lo hacían por simple amor al arte.

De todas maneras, lo que importaba era que acudían y los alumnos de la academia se beneficiaban de sus breves enseñanzas o demostraciones de danza en las que siempre había que aprender.

—Gwendolyne…

—Sí, príncipe —respondió la joven. Sabía muy bien, como el resto de alumnos, que a Iván Federov le gustaba que le dieran ese tratamiento aunque jamás se refería con exactitud a su lugar de origen, ni de él ni de sus ancestros.

—Tengo que ofrecer un espectáculo.

—¿Se refiere a que los alumnos podremos danzar?

—Sí.

—Magnífico, voy a decirlo.

—No —le cortó él, cogiéndola por el brazo.

—¿Por qué?

—Tú eres nueva y aún no sabes que estas sesiones de danza son privadas y no públicas.

—De todos modos, los alumnos no es público.

—Gwendolyne, sólo actúa un bailarín o bailarina y al elegido lo escojo yo. ¿Comprendes?

—Sí, pero ¿por qué no un grupo?

—Porque me lo piden así.

—No habré nada sucio en todo esto, ¿verdad?

—¿Qué entiendes tú por sucio, Gwendolyne?

—No sé, algunos sádicos sexuales.

—No temas, no hay nada de eso. Son personajes importantes que aman el arte, por eso nos subvencionan.

Mientras el príncipe hacía una pausa, Gwendolyne estaba ansiosa de oír que ella era la elegida, pero sufrió una decepción.

—Tú vendrás como sustituta, si lo deseas claro.

—¿Sustituta?

—Sí, hay que estar preparados para cualquier contingencia, un catarro, una torcedura de pie. Lo comprendes, ¿verdad?

—Sí. —Ya más resignada, añadió—: Bueno, de momento soy la elegida para sustituta. Otro día puedo ser la figura.

—Exacto.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Naturalmente.

—¿Quién es el elegido o elegida?

—Charly Manson.

—Ese muchacho baila muy bien.

—Y tú también. Por cierto, ¿por qué crees que Judith no viene por aquí?

—Bueno, es que su jefe enfermó y supongo que tiene mucho trabajo. Ayer hablé con ella por teléfono y me dijo que vendría un día de éstos.

—Me alegrará verla por la academia; pero, hablemos de ti. ¿Estás de acuerdo en ser la sustituta por si sucede algo anormal? ¿Estás de acuerdo en ser la sustituta por si sucede algo anormal?

—Sí, claro. ¿Dónde vamos a actuar? Bueno, ¿dónde actuará Charly? —se corrigió.

—Ya lo sabrás, os llevaré en mi coche.

—¿Y cuándo será eso?

—Esta misma noche.
—¿Esta noche?
—Sí. ¿Es que no te va bien?
—Como no sabía nada, tenía una reunión con unos amigos…
—Si no puedes venir, no te preocupes, escogeré otra sustituta. Había pensado en ti porque lo haces muy bien, tienes arte, pero otros compañeros tuyos también lo tienen.
—Sí, claro. En fin, creo que podré arreglarlo.
—Cenaremos un poco aquí mismo, de forma frugal, porque vosotros debéis estar listos y luego marcharemos al lugar donde se llevará a cabo el espectáculo.
—¿Y quiénes serán los espectadores?
—Eso no es bueno preguntarlo. Normalmente son miembros del club privado que subvencionan la academia, pero lo que sí puedo decirte es que siempre son personalidades, gente que estima el arte y por ello lo subvenciona.

Gwendolyne no opuso más objeciones. Utilizó el teléfono de la academia para llamar a sus amigos, diciéndoles que no podría reunirse con ellos, lo que ella misma lamentó, pues tenía que participar en una representación en el pequeño teatrito de barrio, pero consideró que era más importante actuar bajo la dirección del príncipe.

Gwendolyne amaba el arte pero también amaba y deseaba el éxito y por la acumulación de decepciones sufridas junto con sus amigos del teatrito de barrio, se había dado cuenta de que con ellos jamás obtendría el éxito.

La academia se fue vaciando y sólo quedaron Charly Manson, el príncipe y ella. Los dos jóvenes se miraron y Charly preguntó:
—¿Hay que ensayar?
—No, no es preciso, lo hacéis muy bien y es mejor que no os fatiguéis ahora. Descansad, cenaremos y luego partiremos.

Akuan se presentó con unas comidas ya preparadas, encerradas en papel de aluminio. El oriental dispuso una mesa en la que incluyó un gran candelabro de plata muy antigua cuyas siete velas encendió y así cenaron frugalmente.

En una especie de samovar, Akuan preparó una infusión que llevó a la mesa en una tetera de madera que Gwendolyne no identificó; parecía dura y pesada y era muy oscura.

—Es mejor que bebáis de esta infusión, nada de alcohol. Esto os relajará un poco, la tensión puede ser mala porque agarrota los músculos y desata los nervios.

A la muchacha no le agradó demasiado el olor de la infusión, pero no osó rechazar la taza que le pusieron para no desagradar al príncipe Federov.

Después de todo, sabía muy bien que otras compañeras, por obtener un mal contrato, tenían que encamarse con algún sujeto desagradable que podía ser el mánager o el promotor.

El príncipe Iván no íes pedía nada a cambio, sólo deseaba que lo hicieran bien, que se relajaran.

—¿Qué hora es, Akuan?

—Las nueve y doce, príncipe.

—Bien, marcharemos ahora. El lugar está un poco lejos. Gwendolyne preguntó:

—¿Cómo nos vestimos?

—Llevad vuestras ropas normales. En el sitio a donde vamos, ya encontraréis vestidos adecuados.

—¿Y bajo qué pieza musical actuaremos? —quiso saber Charly Manson, un joven cuya voz resultaba algo fina para ser varonil.

—Será interpretación por expresión libre, algo que saldrá de vuestro interior, música oriental.

—¿Hindú o china?

A la pregunta de la muchacha, el príncipe respondió:

—Hindú.

Los dos jóvenes se sentían invadidos por una gran emoción. Estaban a punto de hacer algo importante y no sabían ante quién ni dónde.

Todo sería una sorpresa para ellos, pero intuían que podía ser decisiva en sus vidas.

CAPÍTULO VI

Akuan conducía rápido, con seguridad. El automóvil grande y lujoso acomodaba bien a los viajeros.

El príncipe iba sentado entre los dos jóvenes, lo que impidió que se comunicaran entre ambos.

Gwendolyne observó el chispeo de la lluvia fina contra los cristales. Akuan había conectado los limpiaparabrisas y se escuchaba su monótono

zum-zum

.

Los potentes faros rasgaban la oscuridad de la noche, agravada por la fina lluvia.

Se habían introducido en la autopista. Gwendolyne no sabía cuál, ya que los cristales mojados de su ventanilla le impedían ver los letreros.

Estuvieron rodando más de una hora por la autopista y luego salieron de ella para introducirse en otras carreteras.

Veían los automóviles que venían en dirección contraria, deslumbrándoles con sus faros; no obstante, Akuan parecía muy seguro al volante.

Gwendolyne sólo sabía que no llovía porque Akuan detenía los limpiaparabrisas y luego los volvía a conectar cuando llovía de nuevo. El viaje se hizo monótono, los dos jóvenes ansiaban llegar al punto de destino.

Pasaron junto a varias poblaciones, la muchacha no reconoció ninguna de ellas y Akuan no despegaba los labios. Dentro del vehículo sonaba música culta y suave que tranquilizaba.

El lujoso coche redujo marcha y se adentró por un camino privado, enarenado y empapado por la lluvia que caía, una lluvia que cesó, como dándoles la bienvenida.

Había pocas luces y Gwendolyne no pudo ver ante qué tipo de

construcción se hallaban, pero se dijo que no era una casa normal. Había un atrio, pero muy distinto al de las residencias anglosajonas.

Se encontraron frente a una puerta que más parecía corresponder a un templo que a una residencia, tal era su altura y amplitud, aunque sólo abrieron una pequeña puerta incrustada en la grande.

Akuan encendió luces y una vez dentro, se vieron en un templo, no cabía duda de que lo era.

No había figuras salvo en el techo que se hallaba completamente pintado, pero debido a que ninguna de las escasas luces lo iluminaba, Gwendolyne no pudo ver qué se representaba.

Al fondo, lo que debía ser el altar permanecía oculto por altísimos y espesos cortinajes que tenían el color del fuego.

—¿Qué templo es éste? —preguntó la muchacha, y sus palabras hallaron un eco que rebotó de las paredes al altísimo techo.

—Éste es un buen sitio para danzar. No es pequeño, ¿verdad?

El recinto tendría en su base cerca de las cien yardas de largo por cuarenta de ancho. Apenas tenía mobiliario, sólo unas butacas cerca de los cortinajes tras los cuales se suponía debía hallarse el altar.

—El suelo es magnífico —opinó Charly, inclinándose hasta tocarlo.

—Es pura madera de ébano traída de Ceilán, con un grosor de tres pulgadas —les explicó el príncipe Federov—. No es un *parquet* ciudadano, ya lo creo que no.

La joven, asombrada, inquirió:

—¿De verdad ha sido traído de Ceilán?

—Sí, exprofeso. No se encontraría nada igual en toda Inglaterra.

—¿A quién está dedicado este templo? —preguntó Gwendolyne, insistiendo junto al príncipe Federov, el cual no respondía a ésta pregunta que se le hacía.

—Venid conmigo.

Akuan se separó de ellos y el príncipe les condujo a un vestuario que no tenía ventanas que dieran al exterior, sólo otra puerta que permanecía cerrada.

Había allí espejos grandes y un largo armario que el príncipe abrió en parte, mostrándoles diversos atuendos.

—Qué ropas más extrañas —opinó Charly.

—Las hay de las más distintas tallas —les dijo—. Escogeréis las apropiadas.

—¿Y el público? —Preguntó Gwendolyne—. Me refiero a las personalidades asistentes.

—Ahora irán llegando, todavía no es la hora.

Fue Charly quien preguntó ahora:

—¿Y cuándo será el momento?

—Lo sabréis cuando se escuche el gong. Espero de vosotros un espectáculo magnífico, tenéis que deslumbrar. Dejaos llevar por la música.

Los dos jóvenes estaban emocionados mientras el príncipe Federov se sonreía levemente, parecía muy seguro de algo.

—Gwendolyne, coge con tu mano izquierda la derecha de Charly.

La joven miró a su compañero y éste le tendió su mano. Luego, el príncipe les pidió:

—Ahora, dadme vuestras manos libres, tengo que tranquilizaros. Vosotros ya os habéis dado cuenta de que nunca volveréis a danzar en un lugar como éste, es distinto a un escenario por importante que sea ese escenario.

—Pero ¿por qué aquí y no en otra parte? —inquirió Gwendolyne.

Él les tomó las manos y entre los tres se creó un circuito magnético espiritual.

La voz del príncipe semejó cambiar, se hizo más grave y profunda.

—Miradme a los ojos, deseo ver qué es lo que escondéis en vuestras almas.

Los dos muchachos obedecieron y en la mente de Gwendolyne semejaron retumbar unas palabras que Judith le dijera:

«Ese hombre hipnotiza y cuando estás hipnotizada, pierdes tu voluntad, haces lo que te piden, sin que puedas evitarlo».

«No, no, Judith, a mí no me hipnotizará», había respondido ella, riendo. «Estaré siempre alerta y cuando sus ojos me miren, pondré cara de tonta».

«Te crees muy lista, pero los poderes hipnóticos del príncipe son evidentes. No me gusta, temo caer esclava de sus poderes».

Gwendolyne comprendió que aquél era el momento peligroso.

Sentía que se relajaba mientras el príncipe seguía hablando, ahora en una lengua extraña, desconocida para ella.

Miraba al príncipe pero cerebralmente ofrecía resistencia y no se atrevía a mirar a su compañero.

—¿Me oyes, Charly?

—Sí, príncipe, le oigo.

—Vestirás tu propia piel que es el más bello vestido que se nos ha dado y cuando oigas la llamada del gong, saldrás de aquí hasta la gran nave del templo. Danzarás al ritmo de la música que oigas. Al terminar, te sentirás agotado y hallarás reposo dentro del ataúd que será colocado para ti. El ataúd dará cinco vueltas al templo por su parte exterior y volverá a entrar para ser abierto a los pies del altar de Iama. Cuando las horas pasen y el sol salga, tú abandonarás Iamaloka, el reino de Iama, y sólo recordarás que has danzado magníficamente. ¿Me has comprendido, Charly Manson?

—Sí, príncipe —asintió el joven, casi un adolescente, como costándole hablar.

—Gwendolyne, ¿me oyes?

—Sí, príncipe.

—Tú también te despojarás de las ropas que mancillan tu piel y aguardarás aquí. Si el gong volviera a sonar otra vez con siete golpes de llamada, saldrías tú a ejecutar la danza.

—Sí, príncipe.

—Ahora, os dejaré solos. No sufriréis frío ni calor, tampoco os sentiréis cansados ni nerviosos. Imaginaréis que el templo está lleno de fieles que adoran a Iama y que vuestro triunfo será aplaudido y vitoreado por todos.

El príncipe Federov les soltó las manos y los dejó solos en el vestuario.

Gwendolyne semejó seguir toda la sesión de hipnosis, pero había conseguido resistir por hallarse prevenida de antemano. Le había costado un gran esfuerzo mental escapar a la influencia del magnetismo hipnótico del príncipe, pero lo había logrado y ahora sentía jaqueca.

Por contra, Charly tenía la mirada extraviada aunque sus gestos y actitudes podían calificarse de normales. El muchacho comenzó a despojarse de sus ropas hasta quedar totalmente desnudo.

Gwendolyne se desvistió también. No tenía reparo en hacerlo, ya

había danzado desnuda en público.

Tuvo frío, pero se acordó de que el príncipe había dicho que no lo sentirían.

—Hace frío —musitó en tono bajo.

Charly respondió:

—No hace frío, lo ha dicho el príncipe.

Recordó que ella tampoco debía tenerlo y no hizo ningún comentario más. Miró a su joven compañero de academia observando su total desnudez, pero él no dijo nada, parecía ausente.

Poco a poco, sus deseos de marchar de aquel lugar se fueron haciendo más y más grandes.

Un templo a Iama, pero ¿quién era Iama? Y Iamaloka era el lugar donde residía el tal Iama al que ella no conocía ni deseaba conocer…

El templo era en verdad impresionante, aunque por lo que había podido ver, no estaba completamente terminado. Había andamios junto a algunas paredes, supuso que Se trataba de aplicar revestimientos.

Comenzaron a transcurrir los minutos que a Gwendolyne se le hacían eternos. Se daba cuenta de que no podía escapar de aquel lugar que, por otra parte, ejercía una poderosa fascinación sobre ella.

Gong… Gong… Gong…

Aquellos golpes debían oírse hasta en los alrededores, fuera del extraño templo. Las vibraciones traspasaban los gruesos muros.

Gwendolyne se sintió pequeña, se estremeció, no supo si de miedo o de frío por su total desnudez en aquella noche gélida.

Charly Manson abandonó el vestuario sin decirle nada como despedida.

—Suerte —le deseó ella sin alzar la voz.

Charly ni la miró, desapareció y la muchacha se quedó sola. Entonces, comenzó a dar saltitos para quitarse el frío.

La música llegó hasta ella, la conocía, era oriental y se interpretaba a diario dentro de la academia.

Pasaron largos minutos…

Gwendolyne no pudo resistir más la curiosidad y acercándose a la puerta, la abrió con sigilo.

Ante ella había un corto corredor que daba a otra puerta que

comunicaba con la gran nave del templo. Muy cautelosamente, la entreabrió, mirando hacia el templo.

Charly Manson danzaba agitadamente, la música así se lo exigía.

Charly danzaba muy bien, era un gozo verlo; sin embargo, había algo en él en aquellos momentos que más que dramático resultaba trágico, espeluznante.

Gwendolyne lo captó más que lo vio; era una sensación que no podía decirse que llegara por los ojos o el oído, se captaba por todos los sentidos al mismo tiempo.

Olía a algo amargo en el ambiente donde flotaba un humillo que no ascendía sino que se condensaba cerca del suelo, como una neblina imperceptible que daba a la escena una sensación irreal.

Gwendolyne ignoraba que aquel humo era producido por una especie rara y muy seleccionada de palo áloe que se quemaba dentro de unos sahumadores de piedra cincelada.

Miró hacia el altar.

Las cortinas color de fuego estaban descorridas, mostrando una figura grande, impresionante. Gwendolyne no sabía si estaba tallada en ébano o realizada en bronce, lo que sí podía decir era que resultaba muy oscura pero a la vez terriblemente real, tan real que semejaba un ser vivo, grande, gigantesco, dominador.

Inspiraba temor mirar aquel ser cuyos ojos semejaban despedir vida. Llevaba una corona de lenguas llameantes, vestía extrañas ropas oscuras y en la mano blandía un látigo enroscado.

Allí no estaban sólo el príncipe y su servidor Akuan, había más gente, hasta una docena de hombres, todos encapuchados. Seis de ellos sostenían unos gruesos cirios rojos en sus manos en los que podían verse protuberancias negras.

Los otros seis no llevaban nada, pero tenían cadenas enroscadas a sus sayales.

Le llamó la atención ver que sobre el altar, bajo el que debía ser el dios Iama, pues no cabía pensar en otro personaje, había una plataforma tallada en gruesa madera de ébano sobre la que yacía un anciano desnudo.

Tenía los miembros casi esqueléticos y el vientre, por contra, hinchado como una mujer embarazada. Aquel anciano gemía y se estremecía.

Gwendolyne no comprendía nada de lo que estaba ocurriendo.

Era evidente que allí no se efectuaba ningún espectáculo de danza, aquello era distinto, como una ceremonia, un rito diabólico y ella tembló más aún y no sólo por el frío que sentía a causa de la desnudez total de su cuerpo, sino por el temor que comenzaba a embargarla.

Al término de la música, Charly cayó extenuado mientras los reunidos salmodiaban cánticos que Gwendolyne no entendía.

Mientras unos encapuchados iluminaban la escena con sus cirios, otros llevaron un rico ataúd que depositaron junto a Charly.

La muchacha temía que los pálpitos de su propio corazón la delataran. Su nerviosismo era tal que la respiración se le descompasaba y en el corazón y en la boca del estómago sentía una fuerte opresión que le causaba dolor.

Cogieron el cuerpo de Charly Manson y lo depositaron dentro del féretro. Cerraron éste y tomándolo por las asas, lo levantaron y se lo llevaron lentamente, escoltado por los encapuchados que portaban cirios para iluminarse.

En aquellos momentos, el enigmático príncipe Federov entró en acción acercándose al tembloroso anciano que gemía. Su cuerpo enclenque, próximo a la muerte, se estremecía.

Akuan trajo un libro que apenas tenía escritos, gran parte de sus hojas estaban en blanco.

El príncipe Federov se colocó frente al altar encarado con la estatua de Iama.

Lo invocó alzando la voz, llamándolo a gritos desgarradores que retumbaban en la bóveda y paredes del templo. Se arrodilló primero y luego se estiró cuan largo era sobre el pavimento de ébano de Ceilán. Allí semejó orar y luego, siempre con gran respeto, se reincorporó.

Tomando una pluma de ánade, comenzó a escribir en el libro mientras hablaba con el anciano.

Akuan, como acólito, sostenía el libro en el que el príncipe escribía como si fuera el secretario del terrorífico dios del látigo.

Pasaron los minutos, Gwendolyne estaba absorta por cuanto sucedía.

La comitiva del ataúd regresó. Gwendolyne recordó que tenía que dar varias vueltas alrededor del templo, Al fin, lo depositaron al pie del altar.

El príncipe dejó de escribir en el libro que entregó a su servidor Akuan. Luego, ordenó a los encapuchados que se apartaran y él mismo, con sus propias manos, abrió el féretro.

Gwendolyne ahogó un grito de terror.

Cuando había esperado que de allí surgiera Charly Manson joven, casi un adolescente de cuerpo bello, un cuerpo de piel casi excesivamente suave para ser masculino, saltó a sus ojos una imagen horrenda, una imagen que le produjo tal sorpresa que le dolió en el pecho a causa del terror que la invadió.

Aquel ser estaba muy lejos de parecerse a Charly Manson.

Su cuerpo había enflaquecido, se había tornado pardo, casi velludo. Sus manos eran garras y su rostro, monstruoso, no parecía humano.

Los ojos se le habían vuelto malvados, rezumaban como lágrimas purulentas que inspiraban horror lo mismo que su nariz o su boca que se había hecho más grande, más fea que la de cualquier bestia conocida. Era, sin duda, un ser infernal.

Gwendolyne deseó que aquel aspecto se debiera a un hábil disfraz.

El príncipe hizo incorporarse al tembloroso anciano y le mostró a Charly Manson.

—Míralo, míralo bien, en él están todos tus pecados. Iama ha escuchado tus súplicas.

Gwendolyne deseaba creer que todo aquello se debía a una farsa; sin embargo, tenía miedo, un miedo cerval. Ella podía haber estado en el lugar de Charly.

Comenzó a sonar música de nuevo y el monstruo infernal y repugnante que era ahora Charly Manson, danzó de forma grotesca. Toda la belleza corporal, de espíritu y de arte, había desaparecido de él; era algo inmundo que, lejos de inspirar hilaridad, causaba pavor.

De lo alto de la bóveda brotaron rayos que producían un ruido espeluznante; eran como latigazos eléctricos que hacían saltar y rodar a Charly que caía y volvía a levantarse torpemente para danzar como bestia flagelada que era.

Gwendolyne miró hacia la gran estatua de Iama y observó con terror que ahora el látigo no estaba enroscado en su mano sino que se hallaba extendido y si bien no se movía, era como si estuviera

flagelando a su víctima que, en este caso, era el transformado Charly Manson.

Aquellos rayos le perseguían y semejaban alcanzarle y así sufrió la diabólica flagelación hasta que cayó al suelo y se enroscó sobre sí mismo.

Gwendolyne observó entonces que Akuan se dirigía hacia donde ella estaba y, con sigilo, cerró la puerta, regresando al vestuario.

CAPÍTULO VII

—Ya voy —exclamó Judith, somnolienta.

Las cuatro y media de la madrugada… Quedó perpleja, preguntándose quién podía llamarla a horas tan intempestivas.

Desconcertada por la estridencia del timbrazo, no estaba segura de si llamaban a la puerta, si sonaba el teléfono o era el reloj radio-despertador.

Tenía sueño, mucho sueño. Había dormido profundamente gracias a una pastilla; no le agradaba tomarlas, pero la tensión nerviosa de los últimos días le exigía un profundo y reparador descanso, un descanso que acababa de ser perturbado.

El timbrazo siguió repiqueteando.

No tenía el teléfono en el dormitorio sino en la salita, por lo que abandonó la cama cubriéndose con una ligera bata que tenía a su alcance.

—Como se trate de un bromazo, el que sea me va a oír…

Llegó junto al teléfono de color rojo y lo descolgó con rabia por la interrupción de su sueño.

—¿Diga?

—Judith, Judith, ¿eres tú?

Al sentirse interpelada tan directamente, su agresividad se derrumbó.

—Sí, sí, soy yo. ¿Y tú quién eres?

—Gwendolyne, soy Gwendolyne. ¿No me reconoces?

No se había liberado del sueño todavía y se sentía torpe, como si hubiera bebido en exceso.

—Sí, claro que te recuerdo, eres Gwendolyne, pero ¿por qué diablos llamas a esta hora?

No hubiera preguntado si su mente se hallara completamente despejada; la voz de Gwendolyne evidenciaba la angustia que sentía.

—Judith, tengo que hablarte.

—¿Y no podías esperar a otra hora?

—No puedo, no puedo, es horrible.

—¿El qué es horrible?

—El príncipe.

—¿El príncipe?

—Sí, el príncipe Federov. ¿Es que estás dormida?

—Un poco y es para estarlo, son las cuatro y media de la madrugada. Me he acostado tarde, tengo mucho trabajo en el despacho de abogados.

—Está bien, te dejo.

—Aguarda, aguarda, no te enfurezcas… Perdona, estoy un poco malhumorada, compréndelo. Me había dormido profundamente y tu llamada me ha despertado, me siento como ebria.

—Lo comprendo, pero es que algo horrible, se trata de Charly.

—¿Y quién es Charly?

—Uno de los alumnos de la academia.

—Bueno, yo no le conozco.

—Judith, Judith, no se trata de hablar de Charly, o sí… No sé, creo que me volveré loca, loca.

—¿Qué te sucede, Gwendolyne, te has drogado?

—¿Drogado? —Hizo una pausa, tan larga que preocupó a Judith.

—Gwendolyne, Gwendolyne, ¿sigues ahí?

—Sí, sí. —Su voz sonaba ahora como cansada.

—¿Qué te ha pasado? Explícate, te escucho. Después de todo, ya me he desvelado.

—El príncipe hipnotiza.

—Eso ya lo sé.

—La verdad, Judith, ya no sé dónde está la realidad y la pesadilla, es horrible.

—¿Te han hipnotizado?

—Lo ha intentado, pero me he resistido.

—¿Y se ha molestado contigo?

—Le he hecho creer que estaba hipnotizada, le he seguido el juego. ¿Comprendes?

—Sí. ¿Qué ha sucedido luego?

—Ya no sé si todo ha sido una pesadilla por culpa de la hipnosis

o es realidad.

—¿Y qué ha pasado? —insistió, nerviosa.

—¿Has oído hablar alguna vez de Iama?

—¿Iama, dices?

—Sí, sí, Iama.

—No, y cálmate. ¿Qué pasa con ese Iama?

—Es un dios monstruoso.

—Pero ¿de qué estás hablando? —preguntó Judith, como si su amiga hablara en un idioma desconocido para ella.

—El príncipe tiene un templo y allí es donde danzan sus alumnos elegidos, pero ellos no lo saben porque lo hacen una vez hipnotizados.

—¿Quieres decir que danzan en estado de hipnosis?

—Sí.

—¿Y qué se gana con ello, mejor calidad de danza?

—¿Mejor calidad, más arte? —Se echó a reír, pero su risa estaba al borde del histerismo.

—Gwendolyne, ¿ha sucedido algo malo?

—¿Algo malo? Ha sido horrible, verdaderamente horrible y yo tengo miedo, verdadero pánico.

—Explícate. ¿Por qué pánico?

—Charly se ha convertido en un monstruo infernal, tenías que haberlo visto. Inspiraba verdadero horror, creo que jamás se ha pintado un ser más horrible y no era un disfraz, no lo era.

A Judith se le disipó totalmente el sueño. Recordó a su hermano Tobby, encajaba perfectamente con la descripción que Gwendolyne daba de su amigo Charly.

—Judith, ¿dónde está Charly?

—No lo sé.

—Pero, estará en alguna parte.

—Se lo han llevado. Creo, creo que a la academia.

—¿Y tú?

—Yo, yo estoy temblando, tengo miedo.

—¿Dónde estás?

—Estoy en el teatrito, ya sabes, donde me viste actuar.

—¿Y qué haces ahí?

—Tengo miedo de ir a otra parte. Creo, creo que se han dado cuenta.

—¿De qué?

—De que no estaba hipnotizada.

—¿Por qué piensas eso?

—En el viaje de vuelta he estornudado.

—No entiendo…

—He estornudado. He pasado frío y creo que me he resfriado y el príncipe, al hipnotizarme, me ha dicho que no pasaría frío.

—Pero ¿por qué el frío en todo este asunto?

—Hay que danzar desnudos y se pasa frío, bueno, mientras esperas. Tengo miedo, Judith, tengo miedo, ayúdame.

—Ven a mi casa.

—No, no puedo.

—¿Por qué?

—Tengo miedo de salir.

—No seas tonta…

—Por favor, ven tú a buscarme y te lo contaré todo, absolutamente todo. Es horrible.

—Está bien, pasaré a buscarte con mi coche. Me detendré delante de la puerta, daré un par de claxonazos y tú sales corriendo. Subes al coche y nos vamos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, te espero.

No tardó Judith en estar en la calle, a bordo de su pequeño coche.

El sueño había huido de ella por completo.

Los faros rompieron la oscuridad del amaneces. Aún no se levantaban los trabajadores más madrugadores para acudir a sus puestos.

Rodó aprisa gracias a la ausencia de circulación y llegó pronto frente al teatrito cuyas puertas permanecían cerradas. Dos farolas iluminaban débilmente la fachada, tan deprimente como el interior del pequeño local que apenas podía subsistir económicamente.

Dio los cortos y rápidos claxonazos para no despertar a los durmientes que pudiera haber en los alrededores y aguardó.

Encendió un cigarrillo; no podía decirse que estuviera nerviosa, pero sí tensa.

Tenía que hablar con Gwendolyne, ella le explicaría más cosas sobre lo sucedido a su compañero de academia. Quizá, de esta forma, acabaran por averiguar lo ocurrido a su hermano Tobby.

El juez había dictaminado suicidio por enajenación mental, no cabía otra explicación, pero Judith estaba segura de que había algo más, algo terrible y diabólico que no acertaba a comprender aún.

Desprendió la ceniza de su cigarrillo cuando observó que se le acercaba un policía. La saludó y Judith bajó el cristal de la ventanilla.

—¿Le ocurre algo, señorita?

—Estoy esperando a una amiga.

—¿Ha sido usted la que ha dado los bocinazos?

—Verá, agente, he apoyado el codo sin darme cuenta —mintió Judith.

—No vuelva a hacerlo, hay gente durmiendo. Tendría que denunciarla.

—No, no, claro que no. —La joven quitó las llaves del contacto y se apeó del vehículo—. Mi amiga está en el teatrito —dijo.

—¿Dentro?

—Sí, eso me ha dicho por teléfono.

El agente frunció el ceño. Luego, sonrió amable y pidió:

—¿Podría mostrarme su documentación, también la de conducir?

Judith expulsó el humo de sus pulmones, se estaba poniendo nerviosa pero no protestó.

—Sí, claro.

Tras observarlos, el agente le devolvió los documentos.

—Todo está bien.

—Voy a ver por qué no sale.

El agente no dijo nada, se quedó quieto en la acera junto al coche, como esperando el desenlace de aquella visita tan madrugadora de una mujer que buscaba a su amiga.

Judith se acercó al teatrito cuyas puertas estaban cerradas, pero al mover un pomo y empujar la puerta, ésta cedió sin dificultad.

Dejando la puerta abierta, penetró en el destartalado local que olía francamente mal.

Había algunas luces piloto encendidas, lo que indicaba que Gwendolyne había estado allí; de lo contrario, todo el local se hubiera hallado a oscuras.

Las cortinas que se abrían hacia los lados, partiéndose por el centro, estaban cerradas, ocultando el escenario.

—¡Gwendolyne!

No obtuvo más respuesta que el eco de su voz, el ruido de sus propias pisadas, el crujir del suelo de gastada madera…

Siguió avanzando, cada vez más nerviosa. Comenzaba a tener verdadero miedo. El teatrito era pequeño, destartalado, y en el ambiente notaba algo que no le gustaba y no sabía qué era.

—¡Gwendolyne! —insistió, llamándola.

Continuó sin respuesta cuando ya llegaba al pie del escenario. Allí, cinco peldaños de madera formados por unos cajones que podían desplazarse, daban acceso al escenario.

Judith dudó, pero al fin optó por subir a él; quizá Gwendolyne estuviera escondida en algún camerino.

—¡Gwendolyne!

Se volvió, observando en torno. Sillas mal puestas, algunas caídas, pero no vio a ningún ser humano.

Se encaró de nuevo con las cortinas y las separó con la mano para pasar al otro lado cuando descubrió lo inesperado y temido al mismo tiempo.

Un grito largo, agudo, preñado de terror, brotó de su garganta.

Gwendolyne estaba a poco menos de dos pasos de ella, sin tocar las tablas que formaban el piso del escenario. Bajo sus pies, un poco apartada, había una silla volcada.

La desgraciada joven colgaba ahorcada por una soga que pendía desde lo alto. Estaba inmóvil, con el rostro desencajado, la boca abierta, la lengua ennegrecida.

Sus brazos colgaban en el aire y a uno de sus pies le faltaba el zapato que se hallaba lejos, muy lejos.

—Señorita, ¿le ocurre algo?

El agente de policía, que había decidido aguardar afuera, al oír el grito corrió en ayuda de la joven madrugadora.

Incapaz de resistir la terrible visión, Judith se desplomó, la impresión había sido demasiado fuerte.

* * *

Al grupo de compañeros del *ballet underground* no les importó demasiado que el juez calificara la muerte de Gwendolyne como «suicidio por enajenación mental transitoria».

Judith acudió a la incineración pese a que no era un espectáculo

precisamente agradable.

El ataúd fue introducido en el horno crematorio donde el cadáver se reduciría a cenizas. El grupo de danza independiente se haría cargo de ellas y tenía pensado arrojarlas al Támesis.

Había sido un deseo expresado en vida por la propia Gwendolyne, que posiblemente jamás hubiera imaginado que la muerte le llegaría tan pronto.

Con cierto sentido de culpabilidad, Judith abandonó la funeraria. En la calle, no lejos, apareció un hombre que la llamó con un gesto.

—Richard…

Fue a su encuentro y él la invitó a subir a su coche. Lo puso en marcha y se alejaron. Judith prefirió no saber adónde la llevaba y tampoco Richard le preguntó adónde quería ir ella.

—Penoso, ¿verdad?

—Sí lo es. Gwendolyne estaba tan llena de vida que aún no lo puedo creer, no lo puedo creer.

Por primera vez desde que descubriera el cadáver colgado de la soga en mitad del pequeño escenario, brotaron las lágrimas de sus ojos. Era como si, de pronto, la tensión se hubiera roto dentro de ella, había llegado el momento del desahogo.

—¿Crees que en esa muerte tiene algo que ver el príncipe Federov?

—Sí. ¿Qué te dijeron en Scotland Yard?

—Que Gwendolyne no tenía más señales de violencia que las de la soga que la mató y sus manos estaban libres.

—Suicidio, claro.

—Eso dicen.

—¿Han investigado al príncipe Federov?

—No me han dicho nada, pero ya conoces la sentencia del juez.

—Sí, suicidio por enajenación mental transitoria —repitió con aspecto fatigado.

—Como tu hermano, ¿no?

—Sí.

—Son demasiadas muertes, aunque sólo sean dos.

—Creo que ese hombre es el culpable.

Richard Newman suspiró.

—Si no se puede demostrar…

—Acabaré demostrándolo.
—¿Cómo?
—No lo sé, pero lo conseguiré.
—Ten cuidado. Si te metes a detective, corres el riesgo de morir también por suicidio a causa de enajenación mental transitoria.
Judith apoyó su espalda con fuerza contra el respaldo del automóvil, como buscando calmar un ligero dolor que sentía en ella.
—Dime, Richard, ¿crees que pueden hacer que una persona se ahorque en estado de hipnosis?
—Si no tiene tendencia al suicidio, no.
—¿Por qué no?
—Porque está probado que en estado hipnótico no se hace lo que no se haría en estado de vigilia perfecta. Es decir, si no eres un asesino, en estado de hipnosis, por mucho que te lo exijan, no matarás. Claro está que siempre existe la duda de que dentro de cada uno de nosotros existe un doctor Hyde o, lo que es lo mismo, un asesino en potencia que permanece sometido hasta que se le rompen las cadenas.
—Gwendolyne quería contarme lo sucedido, estaba muy asustada. Tenía miedo de morir y no pudo evitarlo.
—He averiguado lo que significa Iama.
—¿Ah, sí?
—Sí, es el dios de los infiernos brahmánicos, uno de los ocho vasus de dicha religión. Venerado en Ceilán, se le representa como un ser temible que lleva un látigo enroscado en su mano.
—¿Un látigo enroscado en su mano? —repitió la muchacha.
—Sí. ¿Lo has visto?
—Sí, creo que sí.
—¿Dónde?
—En la academia del príncipe Federov.
—¿Lo tiene allí?
—No sabría decírtelo, sólo recuerdo que estaba danzando cuando me sentí como drogada. No puedo explicar bien lo que me pasó, pero vi a ese ser que lanzó su látigo contra mí.
—¿Una alucinación?
—No lo sé, es posible.
—Conozco a un amigo de mi padre que es anticuario. Está

especializado en objetos exóticos, especialmente procedentes de las antiguas colonias.

Introdujo el automóvil en un estacionamiento y luego pasaron al comercio del anticuario que resultó mayor de lo que Judith supusiera.

Había varios clientes y esperaron a que éstos se marcharan observando los múltiples y extraños objetos expuestos en estanterías o colgados por las paredes.

En su mayor parte eran ídolos, posiblemente robados a sus auténticos propietarios con el pretexto de borrar el paganismo.

—Bienvenido, *míster* Newman. ¿Cómo está su padre?

—Mal.

—Lo siento.

—La recuperación es difícil.

—No somos nada. Por cierto, he encontrado lo que me pidió. Tengo tantas cosas en este almacén que llega un momento que aun teniendo un completo archivo, se olvidan muchas cosas.

—Queríamos verlo.

—Sí, claro.

Les condujo al fondo del almacén. Sobre una mesita había un conjunto de dos estatuillas talladas en madera de ébano, una era tres veces mayor que la otra.

La grande estaba en pie y tenía un aspecto terrible, llevaba un látigo enroscado en la mano. La otra estaba sentada y escribía algo sobre un gran libro.

—Éste es Iama, uno de los ocho Vasus brahmánicos. Supongo que habrá muchos ritos sobre él, como sobre todos los diablos del mundo. ¿Sabían ustedes que se venden mucho mejor los ídolos diabólicos que los benefactores?

—Es curioso —opinó Richard.

—A la gente le gusta adquirir objetos con aspecto terrible, así les parecen más exóticos.

—Y el que escribe, ¿quién es?

—Por lo que he podido averiguar en uno de mis libros, se trata de Sittira Buddhira.

—Vaya nombrecito.

—Es el secretario o escribano del dios infernal Iama; en consecuencia, debía ser un ministro infernal.

Richard Newman examinó con atención el conjunto tallado en ébano y que tendría algo menos de un palmo y medio de altura.

—¿Qué precio tiene? —preguntó.

El anticuario levantó la estatuilla y miró la etiqueta pegada debajo.

—Doscientas libras.

—¿Tanto? —Casi exclamó Judith.

—Es una talla muy antigua —objetó el anticuario—. Es evidente que no hay muchos compradores para ella, pero considero que doscientas libras, tratándose de un auténtico ídolo cingalés, es un precio mínimo. Se trata de una auténtica pieza de coleccionista.

—Está bien, páseme la factura.

Envolvieron la figura y abandonaron el comercio del anticuario.

—¿Por qué la has comprado? —quiso saber Judith, intrigada.

—Quiero ayudarte un poco en todo esto. Sé que te parecerá extraño, hace poco ni nos conocíamos.

—Dime la verdad, Richard. ¿Tú también crees que ese príncipe Iván Federov trata de embaucar a tu padre?

—Sí, algo de eso hay. He notado a mi padre muy raro en los últimos días y las visitas de ese personaje han aumentado, hasta el punto de que he tenido que exigir que se le niegue la entrada en casa.

—¿Y el teléfono?

—Mi padre apenas puede descolgar el teléfono y todas las llamadas le llegan filtradas. Es evidente que él no puede mantener conversaciones telefónicas.

—O sea, que te has propuesto que tu padre y ese príncipe Federov no vuelvan a verse nunca más.

—Mientras pueda impedirlo, lo haré. Creo que ejerce una influencia negativa sobre él. Es un embaucador y papá se halla en una situación muy crítica, debo velar por él.

—Haces bien.

—Es posible que si mi padre mejora de salud me censure esta actitud, pero creo que es mi deber impedir que Federov se le acerque, por lo menos hasta que él tenga más lucidez mental. La embolia cerebral, como sabes, mermó mucho sus facultades intelectuales.

—¿Tú Se has hablado a tu padre sobre el príncipe?

—Sólo en una ocasión. Se puso muy nervioso, discutimos y comprendí que era mejor no volver a tocar el tema.

—¿Y piensas que yo te puedo ayudar a desenmascararlo?

—En realidad, perjudica a ambos. A mí me bastaría con mantenerlo a distancia; sin embargo, prefiero desenmascararlo.

—Yo haré lo que pueda. La muerte de mi hermano precisa un esclarecimiento y también la de Gwendolyne.

—Y quizá otras más que desconocemos.

—¿Crees que es un temible asesino?

—No lo sé; puede tratarse de un fanático del satanismo. Tu amiga Gwendolyne te habló de él y de Iama. ¿No es cierto?

—Sí. Estaba muy nerviosa, pero lo entendí claramente.

—Un templo dedicado a Iama, un dios infernal venerado especialmente en Ceilán…

—Pero ¿por qué? ¿Y para qué ha de servir un ídolo de esa clase aquí en Londres, una ciudad tan avanzada, tan intelectual, tan culta?

—Me temo que hay más templos extraños de los que sería de desear. Por lo visto, las religiones orientales tienen mucho éxito en los últimos años.

—La verdad, no me imagino a una muchedumbre asistiendo a un templo dedicado a Iama.

—¿Y sí te imaginas a una muchedumbre asistiendo a una de las sesiones del Gurú Maharajá-ji?

—Es cierto.

—Para mí, todo es un *show* y lo que se pone de moda es aceptado con facilidad, encuentra adeptos y en ocasiones todo termina en tragedia como la del Templo del Pueblo en Jonestown, en la Guyana. Allí sí parece hubo un macrosuicidio colectivo.

—Es terrible la facilidad que tienen algunos embaucadores para hacerse con sus víctimas.

En el despacho de abogados, Judith se quedó con la talla de madera.

Richard le había pedido:

«Guárdala tú, no es conveniente que la vea mi padre por si Federov le ha hablado de ese dios infernal».

Judith aceptó y se quedó con la talla envuelta. Al llegar al término de la jornada laboral, se la llevó consigo a su apartamento.

Lo cierto es que no le gustaba y no sabía qué haría con ella.

Dejó el paquete que contenía el ídolo sobre la mesita de centro del living, sin abrirlo. Luego, tomó el maillot de danzarina que se había comprado para no tener que usar la ropa de la academia de Federov.

Iba a marcharse ya cuando se dijo que era mejor ponérselo allí. Después, con vestirse encima, todo arreglado.

Cuando se hubo colocado el maillot que se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel, se contempló frente al espejo.

De pronto, tuvo la impresión de que no estaba sola y un estremecimiento recorrió su grácil cuerpo.

CAPÍTULO VIII

El príncipe Iván Federov sonrió al ver a Judith y a ella le pareció que aquella sonrisa estaba cargada de ironía, de malignidad, de suficiencia; mas había decidido dar aquel paso hacia el misterioso personaje y ya no se podía volver atrás.

No dejaría que el príncipe descubriera sus intenciones, aunque aquella sonrisa por parte de él semejaba delatar que adivinaba cuáles eran los propósitos de la joven secretaria.

—¿Al fin te has decidido a venir?

—Sí, ya lo ve, estoy aquí —dijo en tono de suspiro, como resignada y desarmada para no provocar ninguna reacción de recelo en el enigmático personaje.

—¿Y por qué ahora?

La muchacha se encogió de hombros.

—Me siento agobiada.

—¿El trabajo de despachos?

—Sí, se ha acumulado mucho trabajo últimamente debido a la enfermedad de mi jefe.

—¿Cómo sigue *míster* Newman?

—Mal, creo que mal, hace ya semanas que no le veo.

—Es una lástima. Un hombre tan dinámico, tan inteligente.

—¿Usted le conoce bien?

—Un poco. Su club privado pasa una subvención a esta academia. Espero que me guardes el secreto, ya que no desean que se sepa.

—Yo no he de decir nada.

Él pasó su brazo por encima del hombro femenino, como protegiéndola, y Judith se estremeció bajo aquel contacto.

Tuvo la impresión de que era como una ala membranosa y maligna que trataba de envolverla para que no pudiera escapar.

—¿Y no has venido por nada más?

Como si esperara aquella pregunta, Judith, que había comprendido que el príncipe Federov no se contentaría con la primera explicación sobre la fatiga laboral, respondió:

—También por lo ocurrido a Gwendolyne.

—¿Gwendolyne? Sí, una gran tragedia. Nunca se sabe la reacción que puede tener una mente enferma y, desgraciadamente, en la mayoría de los casos, no nos damos cuenta de esa enfermedad hasta que estalla brutalmente en una irreparable fatalidad.

—Su muerte me ha desmoralizado —confesó bajando los ojos—. Necesito ocupar mi tiempo libre con una distracción que me llene los sentidos, que me absorba.

—El arte es ideal para tales situaciones y la danza es una de las más bellas artes. Si te sumerges en el *ballet* cotidianamente, superarás esa desmoralización de la que me hablas.

—Eso es lo que estoy tratando de conseguir.

—No te quepa duda de que lo lograrás.

—Gwendolyne era una de las mejores danzarinas, ¿verdad?

—Sí, sí lo era, pero será preferible no hablar más de ella, eso puede perturbarte. Mira, esta tarde va a venir Giacomo Potesti.

—¿El maestro milanés?

—El mismo; nos dará algunas enseñanzas.

Efectivamente, se presentó el maestro de danza milanés. Era un hombre extrovertido, muy locuaz, hasta resultó gracioso. Los alumnos asimilaron con rapidez sus indicaciones, ya que sólo estaba ante ellos como maestro esporádico.

Judith sintió como si retornara a su adolescencia. Su cuerpo respondía bien al baile, aunque le faltaba mucho ejercicio, mucha práctica para conseguir el estado óptimo de sus músculos.

Casi llegó a olvidar a Gwendolyne, absorbida por los ejercicios en conjunto, siguiendo las directrices del maestro italiano que no les daba tregua ni descanso, a no ser porque observó a uno de los alumnos que tenía un aspecto particularmente extraño.

—¿Cómo te llamas? —Le preguntó casi en un cuchicheo en un momento de interrupción entre pieza y pieza mientras el italiano aporreaba el piano, buscando un tono adecuado.

—Charly.

—¿Manson?

—Sí.

Le miró a la cara. Sus rasgos eran más propios de un viejo que de un joven. Aquel rostro reflejaba maldad, una maldad impropia de tanta juventud.

Era como si sobre aquel muchacho se hubieran acumulado años de vivencias llenas de maldad, de odio, de rencor y venganzas sórdidas, de avaricia, de soberbia y despotismo.

Sus ojos tenían una mirada insana para quien observaban. Judith notó aquella mirada sobre su propio cuerpo femenino; era una mirada no sólo sexual sino sádica, parecía dañarla.

Se sintió indeseablemente desnuda ante aquellos ojos; sin embargo, quiso dar naturalidad a su actitud y le observó:

—Pareces muy cansado. ¿Te drogas?

Charly sonrió y, sorprendentemente, mostró unos dientes terriblemente viejos para un joven.

—Si te vienes conmigo a la salida, te lo diré.

—¡*Attenzione, attenzione*! —exigió el maestro italiano, y se reanudó la clase.

Judith no vio al monstruo en Charly Manson, aquel monstruo del que le hablara Gwendolyne; sin embargo, aquel muchacho había sufrido un envejecimiento prematuro y la maldad se había posesionado de él.

El destino semejaba reflejado en su sucia frente. No viviría muchos años porque llevaría a cabo algo desagradable, posiblemente un delito que terminaría con él.

La sesión de aprendizaje terminó y todos los alumnos se sintieron agotados.

Judith se duchó y abandonó la academia sin despedirse del príncipe ni de su chófer Akuan. Tampoco comenzó a hacer amistades ni preguntas al resto de compañeros.

Se sintió observada por la mirada penetrante del príncipe Federov y no quiso despertar sospechas, aunque estaba segura de que él la vigilaba.

Se dirigió a su coche.

El invierno acortaba aceleradamente el día e invitaba a los ciudadanos de la city a refugiarse pronto en sus domicilios o clubs donde se guarecían del frío y la oscuridad nocturna.

Cuando abrió la portezuela y se introdujo en su pequeño automóvil, recibió un empujón. Ahogó un grito.

—No chilles o será peor.
Se revolvió.
—¡Charly!
Él se rió sordamente.
—No me esperabas, ¿eh?
—¡Apártate!
—No, hazme sitio, yo conduciré.
—¡No!
—Mira, guapa, si te pones tonta te lleno de ojalitos —silabeó mostrándole una navaja desnuda. El acero brillante y afilado produjo a Judith un estremecimiento de temor.
—¿Qué, qué pretendes? —balbuceó.
—Que no te pongas tonta. —Y sonrió malignamente.
Judith se hizo a un lado dejándole el lugar del volante.
De pronto, ella movió el resorte para abrir la puerta del lado en que se encontraba y poder escapar, pero Charly consiguió agarrarla por los cabellos al tiempo que le ponía la punta del arma blanca en el cuello.
—Si vuelves a intentar otra escapada, te degüello como a un cerdo. No querrás morir así, con el cuello cortado, desangrándote, ¿verdad? Eres demasiado bonita para una muerte tan fea. —Y volvió a reírse.
Jadeante, aterrada, Judith se quedó muy quieta, como temiendo que cualquier movimiento suyo pudiera provocar una violenta reacción en Charly Manson que se estaba mostrando como un sádico perturbado cuya violencia y agresividad ya se habían puesto de manifiesto.
—No, no haré nada.
—Así me gusta, sería peor para ti.
Soltó a Judith, pero con la navaja siempre a punto, amenazadora, exigió:
—Las llaves.
Judith se las entregó porque aún las tenía en la mano. Él puso la correspondiente en el contacto e instantes después, el motor comenzó a runrunear.
Las luces de los faros iluminaron el automóvil que se hallaba estacionado delante y luego abandonaron el lugar.
—¿Adónde vamos?

—Quiero enseñarte una cosa.

Judith sentía un pánico atroz que trataba de dominar. Había leído que en situaciones semejantes, los gritos excitaban más aún al sádico atacante.

Debía mostrarse fría y segura de sí misma, lo que no era fácil de conseguir en sus circunstancias.

Charly condujo el automóvil de forma suicida. Judith deseó que algún policía se fijara en él y tratara de detenerle.

Charly se comportaba como un maníaco sexual y se había colocado la navaja desnuda en el cinturón del pantalón, de modo que podía empuñarla en cualquier instante y le creía muy capaz de cualquier barbaridad irreparable.

Escogió calles solitarias y así rodaron por espacio de media hora hasta adentrarse en un parque de los suburbios residenciales.

El automóvil rebasó el bordillo y apagó las luces. Judith aprovechó para inclinarse sobre él y empuñar la navaja, tratando de apoderarse de ella.

Charly le atenazó la muñeca, retorciéndosela al tiempo que le golpeaba la cabeza contra el volante hasta que consiguió que Judith cediera.

Charly recuperó la navaja y dio fuertes tirones de pelo a la mujer.

—Estúpida, perra, yo te enseñaré y si gritas te van a encontrar degollada como a una puerca.

La empujó fuera del coche, haciéndola caer. Saltó sobre ella y agarrándola por el brazo, medio la arrastró hasta los árboles.

—No, no —suplicó Judith con los ojos llenos de lágrimas por la impotencia y la rabia de sentirse a merced de aquel sujeto.

La derribó al suelo y acercando la punta de la navaja a la garganta femenina, presionó sobre ella.

—Vas a hacer todo lo que te diga y muy bien si no quieres que te mate, porque no querrás morir, ¿verdad?

—No, no, Charly, no me mates.

—¿Harás lo que yo te diga?

—Sí —asintió ella, consciente de que podía sucederle lo peor y lo peor era la muerte.

Charly se apartó de su víctima, ordenándole:

—Ponte en pie.

Judith lo hizo trabajosamente, se sentía magullada. La sien izquierda le ardía y en las raíces de los cabellos tenía un vivo escozor debido a los violentos tirones con que Charly la obsequiara.

—Por favor, déjame ir —suplicó.

—Quítate la gabardina.

—Charly, Charly, despierta, estás como hipnotizado. Recuerda lo que te pasó en el templo de Iama, recuérdalo.

—¿El templo de Iama? ¡No sé de qué hablas, quítate la gabardina! —chilló.

No tenía escapatoria. Correr por el bosque era inútil, Charly le daría alcance inmediatamente. Ella tenía buenas piernas para correr pero no podía olvidar que él era un danzarín y temía que al final aquella terrorífica navaja que blandía Charly ante ella terminara penetrando en su cuerpo hasta causarle una muerte horrible.

Se resistía a dejar caer la gabardina cuando Charly exigió:

—La falda.

—Pero, Charly, ¿qué vas a ganar con esta humillación?

—¡Nada!

La palabra no la había pronunciado Charly Manson.

Una figura humana surgió repentinamente de entre unos matorrales, sorprendiéndoles a ambos, y lo hizo saltando como una fiera sobre Charly, haciéndole caer.

Le sujetó la mano armada con la navaja y los dos hombres forcejearon, rodando el uno sobre el otro.

Charly intentó clavar el puntiagudo y afilado acero en el cuerpo del recién llegado, mas no lo consiguió.

Un golpe fuerte, dado con el dorso de su mano contra una piedra, le hizo perder el arma y de inmediato recibió varios puñetazos en el rostro que le dejaron aturdido.

Entonces, el hombre que acababa de tumbarle se apartó de él.

—¡Richard! —exclamó la muchacha, reconociéndole.

—¿Estás bien, Judith?

—Richard, qué miedo he pasado.

Richard recogió la navaja y escondió el acero. Charly comenzó a recuperarse y Richard le cogió por el cuello.

—Ahora vas a explicar a Scotland Yard lo que estabas haciendo.

—No, Richard, no quiero denunciarle.

—A pesar de todo, hay que…

Quedó cortado. Charly acababa de dar un salto hacia adelante y echó a correr, perdiéndose entre el arbolado sin luz.

—¡Se ha escapado! —exclamó Judith.

—Creo que lo mejor es denunciarlo. Lo que trataba de hacer contigo puede intentarlo de nuevo.

—Charly es peligroso pero no es culpa suya. Se ha vuelto como es después de danzar en el templo de Iama.

—No puedo creerlo.

—Gwendolyne me habló de ello.

—A pesar de todo… Anda, vámonos, ya hablaremos de eso.

Richard tomó las llaves del coche de Judith y lo cerró. Después, condujo a la muchacha a su propio automóvil, más grande y potente.

—Mañana vendremos a por tu coche.

—Richard…

—¿Sí?

El automóvil ya se alejaba de aquel lugar solitario donde Charly intentara abusar de Judith.

—¿Cómo has llegado tan oportunamente?

—Os he seguido al salir de la academia. Vigilaba de lejos y he notado que algo iba mal. He tratado de que no se me descubriera y lo he conseguido. Lo que sí es posible es que algún agente me haya tomado la matrícula porque he cometido varias infracciones.

—Charly conducía como un loco.

—Ese chico es peligroso. Insisto en que habría que denunciarlo.

—Prefiero no hacerlo.

—Ha estado a punto de violarte y sus tendencias están claras. Es posible que lo intente con otra mujer.

Judith rompió su tensión y comenzó a sollozar. Había vivido momentos especialmente difíciles y sus nervios se desataron. A su lado, Richard pensó que las lágrimas le sentarían bien.

CAPÍTULO IX

Richard fumaba despacio mientras observaba la talla de madera de ébano en la que aparecían las dos figuras, la del dios infernal Iama y su secretario o escribano, Sittira Buddhira.

En la mesita de centro aguardaban dos copas de cristal fino y una botella de champaña dentro de un cubo con agua helada y pedazos de hielo.

En el ambiente sonaba una música agradable y suave que relajaba los nervios.

Judith apareció en la salita cubierta con una bata. El apartamento gozaba de una calefacción muy confortable.

Richard la miró; ella tenía un morado en la sien y otros más pequeños en la mejilla y el cuello.

—¿Te ha sentado bien el baño?

—Sí, el baño relaja, pero ¿tan mal estoy?

—¿Tan mal? No te comprendo.

—Es que me has mirado de una forma…

—Te miraba preguntándome a mí mismo si valía la pena que te visitara un médico.

—No, no me hace falta.

—¿Te sientes bien?

—Después del baño y de haber llorado, me siento mejor.

—Anda, siéntate, tomaremos champaña.

—¿Champaña? —Miró al hombre casi escandalizada.

—Pues claro, es un buen momento. ¿No te has librado de un mal suceso? Pues hay que celebrarlo.

Ella se sentó despacio y dijo:

—Si no llega a ser por tu intervención…

—Las mujeres siempre estáis expuestas a que sádicos como Charly os atropellen.

—Pienso que Charly no es el responsable de lo ocurrido.

—¿Ah, no, acaso tú, por provocarle con tus excitantes formas femeninas?

Richard descorchó la botella y escanció el champaña en las dos copas.

—No sé si estará suficientemente fresca. La he subido del coche y con el agua helada y el hielo de tu nevera la he enfriado.

Ella probó y aceptó:

—Está buena, creo que no me irá mal.

Bebieron con lentitud. Ambos sentían que debían comunicarse muchas cosas, pero parecían desear postergarlas, había muchos problemas que resolver.

—¿Decías que Charly ha trasmutado su carácter?

—Sí. Si lo hubieras visto a la luz de un foco te habrías dado cuenta de que su rostro lleva la marca de muchos años de maldad.

—A mí me parece que algunos jóvenes ya llevan impresa la maldad en el rostro y dejo a un lado si es culpa suya o no.

—Sí, es posible, pero cuando Gwendolyne me habló desesperada por teléfono, antes de que la ahorcaran…

—¿Sigues pensando que la asesinaron?

—Cada vez estoy más convencida de ello aunque no pueda probarlo.

—¿Pese a saber que a una persona hipnotizada no se le puede obligar a hacer algo que esté en contra de su voluntad?

—Sí, porque existe la posibilidad de que la hicieran subir a la silla y le pidieran que se estuviera quieta, como si se tratara de un juego y que luego le pusieran la soga y le quitaran la silla. ¿Qué podía hacer ella en estado de hipnosis?

—Nada, evidentemente.

—¿Entonces?

—Podías habérselo contado a Scotland Yard en esa forma.

—No se me había ocurrido, aunque es posible que no hubiera servido de nada. El príncipe es muy astuto.

Con la copa de champaña en la mano, Richard examinó la estatuilla brahmánica en la que se representaba al dios infernal con el látigo enroscado en su mano, dispuesto a soltarlo para flagelar a los que caían bajo sus dominios.

—¿Crees que ese príncipe ha fundado aquí en Londres una secta para adorar a ese dios?

—¿Por qué no?

—¿Satanismo?

—Una de las mil formas de satanismo. Tu padre podía decirte algo al respecto.

—Ya le he preguntado.

—¿Y? —inquirió antes de llevarse de nuevo la copa a los labios, pues bebía a pequeños sorbos.

—Mi padre no me ha querido decir nada.

—¿No has preguntado a otros miembros del club?

—Sí.

—¿Y tampoco te ha dicho nada?

—No, nadie ha querido decirme nada. En realidad, tampoco podía dar dramatismo a la situación, puesto que a los Newman aún no nos ha hecho nada ese siniestro personaje.

—A mí sí.

—Sí, estoy convencido de ello, lo que no sé es por dónde atraparle, cómo conseguir desenmascararle.

—La única forma es acercándose a él, dándole confianza.

—¿Crees que te llevará a ti a ese templo dedicado a Iama?

—Sí, creo que lo hará —dijo, convencida—. No sé cuándo pero lo hará.

—Y entonces, ¿de qué se le podrá acusar? Hay libertad de culto por muy satánico que éste sea.

—No lo sé. Scotland Yard no creería nada y yo misma ni siquiera sé qué sucede en realidad. Gwendolyne explicó muy poco, sólo me dijo que Charly se había metamorfoseado, que se había convertido en una especie de monstruo horrendo.

—¿Y qué consigue transformándole en ese monstruo que dices?

—No lo sé.

—¿Crees que existe alguna relación entre los danzarines jóvenes y los viejos como mi padre?

—Podría ser.

—¿Ceremonias de rejuvenecimiento?

—Quizá. Hay mucha gente engañada con esos rituales. Un viejo está dispuesto a pagar lo que sea con tal de rejuvenecer, aunque sólo sea durante unos minutos.

—Eso es cierto. Si pudiéramos encontrar a alguien que haya pasado por esas extrañas ceremonias…

—Yo creo —dijo Judith— que les engaña, no sé en qué forma; sin embargo, hay algo de fantástico, de maléfico en ese hombre.

—¿Crees en los poderes diabólicos?

—No creía, pero ahora…

—¿Sí?

—Verás, Richard, yo vi a mi hermano y te juro que aquello no era producto de un disfraz sino un auténtico monstruo infernal, como si le hubieran caído encima todas las maldades, transformándolo y haciéndolo repugnante, horrible y aterrador. Era como si las maldades de sus pecados se reflejaran en él de una forma física.

—No obstante, cuando lo volviste a ver en el foso del ascensor, ya no era el mismo.

—No entiendo qué pudo ocurrir, por qué recuperó su aspecto normal. Me pides que explique algo que no comprendo. También Gwendolyne vio transformarse a Charly Manson.

—¿Por qué?

—Creo que es más víctima que culpable.

—¿Después de los golpes que has recibido y lo que ha intentado hacerte?

—Creo que Charly no es la misma persona que fue, ni lo será ya nunca después de haber pasado por el templo de Iama.

—¿De verdad piensas que le han inculcado la maldad?

—Sí, Su rostro no es el de un joven, esto lo hemos discutido ya.

—Tienes razón. Damos vueltas al problema porque desconocemos cuál es la clave para descubrirlo.

—Encontraremos esa clave, Judith. Sea lo que sea lo que esté haciendo ese príncipe Federov, que por otra parte creo que se trata de un nombre y un título falsos, le impediremos que se salga con la suya, aunque me temo que vas a correr un grave riesgo.

—Lo afrontaré.

Ante la respuesta resuelta de Judith, él alargó su mano y la tomó por la cintura. Lo hizo con delicadeza, sin violencia.

Se miraron a los ojos y Richard vio aceptación en los de ella. Acercó sus labios a la boca femenina y la besó, fue apenas un roce.

Judith movió sus labios prolongando el beso que fue haciéndose más y más intenso.

Se amaban, lo sabían. Era un amor recién descubierto, un amor

cálido, un amor que les enlazaba y al que se entregaron pensando que nadie les estorbaría; pero, se equivocaban. Allí estaba la talla auténtica de Iama con su escribano Sittira, observándoles.

CAPÍTULO X

El lugar era tan espacioso que no llegaba a ver las paredes, quizá es que una bruma rojo oscura las ocultaba.

El suelo era negro y brillaba con reflejos blancos. Judith se sentía perdida allí en medio y miraba en todas direcciones buscando una salida, un lugar por donde escapar.

Una oleada de aire frío que no sabía de dónde procedía la envolvió y entonces se dio cuenta de que no tenía ropa encima, que absolutamente nada artificial la cubría. Era ella, pura y limpia, como si el vientre de su madre la hubiera alumbrado adulta.

El tiempo se había disuelto en la nada, no existía para ella. Lo mismo podía ser una mujer de cuatro milenios atrás que de cuatro milenios posteriores a la época en que vivía. Era sólo una mujer perdida en medio de la confusión.

Corrió hacia la bruma para alcanzar una pared, un muro sólido que por lo menos le permitiera saber dónde terminaba su encierro.

Siguiendo la pared aunque fuera tanteándola con sus manos como si estuviera ciega, encontraría la puerta que le permitiría escapar, la puerta por la que obviamente había entrado en el desconocido lugar en que se hallaba, no sabía para qué.

—¡Richard!

El eco, retumbando como un trueno, fue la única respuesta a su llamada.

Atravesó la bruma y cuando creía tocar el muro con sus manos, volvió a verse sobre aquella superficie oscura de madera de ébano.

Miró alrededor y sólo vio cortinas de bruma que ocultaban el horizonte. Corrió en otra dirección, atravesó la niebla y de nuevo se encontró sobre aquel suelo de madera de ébano del que pretendía escapar sin conseguirlo.

El pánico se deslizaba por sus venas, inundaba su corazón disparando sus nervios, agitando su respiración.

Comenzó a oír música que reconocía vagamente, era una música oriental que empujó su cuerpo a la danza.

Judith, sin desearlo, se vio bailando de forma agitada, corriendo muchos espacios a derecha e izquierda, adelante y atrás, si es que había izquierda y derecha, delante y atrás.

La mujer danzaba como una poseída y de la bruma brotó un látigo ígneo que la obligó a saltar tratando de escapar.

El látigo, como un rayo destructor, la perseguía, un rayo que salía de la bruma y nunca del mismo lugar. Aquel rayo terminó enroscándose en su desnuda cintura y entonces sintió una horrible quemazón que la asfixiaba.

La bruma se rasgó de arriba abajo y ante sus ojos desorbitados apareció el gran Iama, el dios infernal. Era gigantesco, de aspecto terrible y en su mano portaba un látigo enroscado, era el látigo ígneo que ya no la aprisionaba.

Descubrió a Sittira a un lado, escribiendo en un voluminoso libro, tan grande como él mismo, colocado sobre un atril.

—Judith, dobla tus rodillas ante el rey de Iamaloka —le ordenó el escribano.

Judith le miró y descubrió en él al príncipe Federov.

—¡Nooo! —gritó, y dando la vuelta intentó huir.

El látigo restalló en el aire y se enroscó nuevamente en su cintura.

Judith trató de oponer resistencia y seguir corriendo, pero aquel látigo ígneo que la quemaba la acercaba más y más a los pies de Iama hasta que sus talones tropezaron con algo y cayó hacia atrás.

Judith creyó que iba a golpearse en la cabeza. De pronto, se vio dentro de un ataúd.

Quedó un instante expectante, como queriendo asegurarse de que efectivamente era un féretro forrado en rojo y negro. Se irguió dentro de él bruscamente, gritando con toda su alma.

—¡Noooooo!

* * *

Se vio sentada en la cama. La luz eléctrica la devolvió al tiempo, al espacio conocido.

Estaba en su habitación, las brumas habían desaparecido y el ataúd no era otra cosa que su lecho.

—Qué pesadilla —suspiró, y pasándose la mano por la frente descubrió que estaba sudada.

La puerta de la alcoba comenzó a abrirse despacio. Judith se dio cuenta de ello y crispó sus manos en la ropa del lecho.

Ante sus ojos apareció la figura alta y oscura, en absoluto tranquilizadora, del príncipe Federov.

—¿Qué hace aquí? —Balbuceó Judith—. ¿Cómo ha entrado?

—Tengo mis poderes.

—¡Márchese, márchese, no quiero verle!

—Me temes y me odias, Judith.

—¡Yo no le temo!

—Sí me temes, Judith.

—¡Márchese, márchese o llamaré a la policía! —amenazó con vehemencia.

—¿La policía? —Federov se echó a reír y su carcajada retumbó dentro del cráneo femenino—. Judith, Judith, mañana vendrás.

—¡No!

—Sí, vendrás. Estaré aguardándote en mi automóvil, vendrás y entrarás en él. Luego, partiremos.

—No iré.

—No puedes evitarlo. Tú quieres destruirme.

Judith calló, no dijo nada más, lo miraba como obsesionada.

—Cuando yo me vaya de aquí no recordarás nada, absolutamente nada de cuanto te digo ahora. Tendrás jaqueca y buscarás un fármaco que te calme. Irás al botiquín y encontrarás un tubo con analgésicos. Tomarás dos pastillas y las ingerirás con té. Después, saldrás a pasear, te conviene pasear por los parques. Adiós, Judith, hasta luego.

—No, no.

El príncipe Federov abandonó la estancia, cerrando la puerta.

La muchacha comenzó a sentir jaqueca. Se llevó las manos a la cabeza, cerró los ojos y respiró hondo. Después, se levantó, abrió la puerta y fue al cuarto de aseo.

El tubo de analgésicos estaba al alcance de su mano, como esperándola.

Lo tomó, lo abrió y sacó dos pastillas.

CAPÍTULO XI

Richard Newman miraba a su padre que estaba muy lejos de ser el que fuera. El doctor ya les había advertido que lo mejor era operar. Había que hacer un implante de válvulas de plástico y al mismo tiempo, mejorar la circulación sanguínea y limpiar de coágulos de sangre las conducciones que alimentaban su cerebro, pero todo aquello entrañaba un riesgo, evidentemente.

—¿Qué posibilidades tiene de que la operación falle?

—Su situación es delicada —había dicho el médico, evasivo.

—Quiero saber las posibilidades de éxito —insistió Richard.

—En medicina, dos y dos no son cuatro; sin embargo, podemos calcular un cincuenta por ciento de posibilidades, claro está que pueden consultar a otros especialistas y cirujanos cardiólogos.

—Me parece que ustedes son suficientemente buenos, mi padre así lo creía también.

—Gracias.

—¿Le ha dicho a mi padre que tiene el cincuenta por ciento de posibilidades?

—Sí.

—¿Pese a su situación?

—Sí, tiene una capacidad mental aceptable. Es evidente que su capacidad intelectual anterior se ha visto mermada, pero se le han hecho *tests* apropiados y nadie podría decir que es un mental disminuido.

—Sí, puede hacer trabajos intelectuales porque utiliza bien el lado derecho de su cuerpo, es decir, su mano diestra y con ella escribe.

—Sí, escribe y resuelve problemas. Está mentalmente sano, mermado pero sano y no podremos recuperar lo perdido si no es atacando los obstáculos que impiden la alimentación de sus neuronas cerebrales.

Richard recordaba la conversación con el cirujano cardíaco. Si su padre deseaba recuperar, si no todo, parte de lo que había perdido y no quedar condenado a la silla de ruedas, debía someterse a la intervención en la que tenía un cincuenta por cien de posibilidades de morir en la mesa de operaciones.

—¿Qué quieres, Richard? —preguntó el viejo con tono vacilante.

—¿Has decidido operarte?

—Sí.

—Yo también he dado mi consentimiento si es que sirve para algo, puesto que ésa ha sido tu decisión.

—Bien, Richard —siguió hablando con dificultad—. Sé los riesgos que existen y prefiero correrlos a quedarme tal como estoy.

A Richard le pareció que la lucidez de su padre era mayor de lo que él suponía, pues reconocía bien su situación.

—Si muero, tú seguirás con todo, Richard. Vales mucho.

—No hables así, saldrás adelante.

—Sé lo que me juego.

Richard deseaba hacerle una pregunta concreta a su padre y éste parecía intuirla, pero el joven se contuvo, pensó que no era bueno hacérsela, un disgusto era lo menos apropiado en aquellas circunstancias.

—¿Quieres que le diga al reverendo McMugan que venga?

—No —fue la respuesta seca, cortante.

—Hace mucho tiempo que no viene por esta casa.

—No quiero que venga.

—Padre, no voy a juzgarte, no tengo derecho a ello, pero soy consciente de que has cometido algunas torpezas en tu vida.

Observó la mirada dura y desafiante de su padre y comprendió que éste no quería hablar del tema.

Newman había tenido una vida muy dura antes de conseguir fundar su gabinete de abogados asociados.

Richard conocía algo de la historia por terceras personas especialmente por las que fueran víctimas de la agresividad de *míster* Newman.

Le puso la mano sobre el hombro y la reacción de *míster* Newman fue poner en marcha su silla de ruedas con motor eléctrico incorporado pulsando simplemente un botón.

Condujo bien con la diestra y se refugió en su gabinete,

cerrando la puerta. La chimenea estaba encendida, caldeando la estancia.

Abrió un cajón de su gran mesa despacho, allí tenía un diario personal. Lo miró. Hacía tiempo que no escribía nada en él, tanto que el broche que lo cerraba se veía con polvo.

En aquel libro estaban condensadas sus intimidades, sus pecados. Entonces descubrió la Biblia encuadernada con cuero color burdeos.

La Biblia tenía polvo. El servicio de limpieza no se lo había podido quitar como al resto de los libros del gabinete porque la Biblia estaba cerrada en un cajón bajo llave de seguridad.

Sostuvo el diario y la Biblia entre sus manos, los miró, casi sopesándolos.

Puso en marcha la silla de ruedas hasta acercarse a la chimenea y una vez frente al fuego, arrojó el diario y la Biblia a él.

Los dos libros cayeron sobre las brasas, abriéndose. Las hojas comenzaron a retorcerse y las llamas se hicieron más grandes.

Mientras, Richard Newman sabía a bordo de su automóvil y le daba a la llave de contacto.

El coche, runruneando suavemente, salió a la calle. Cuando iba a alejarse, arribó un coche patrulla que dio un claxonazo, llamando la atención de Richard.

Éste oprimió el embrague y el freno deteniendo su vehículo.

Un hombre de Scotland Yard, vestido de paisano, se le acercó a la portezuela. Richard había bajado el cristal de la ventanilla.

—¿Ocurre algo?

—Usted estuvo en la comisaría haciendo observaciones sobre un joven llamado Charly Manson.

—Sí, hablé con el inspector.

—El inspector es quien me ha ordenado que le viera a usted.

—¿Para qué?

Richard había achicado los ojos; el ceño se le fruncía, atento a lo que pudiera oír de labios de Scotland Yard.

—Charly Manson ha muerto.

—¿Cómo? —Era más una exclamación que una pregunta.

—Se le vigiló a distancia, se hizo una somera investigación sobre ese joven. Lo que ha sucedido es que trató de abusar con violencia de una niña de doce años.

—¡No!

—Sí. La niña gritó, fue descubierto por varios vecinos que salieron en defensa de la pequeña y ese joven desequilibrado salió corriendo alocadamente. Él mismo se lanzó contra un furgón de carga que lo arrolló.

—No puedo decir «pobre muchacho».

—El inspector desea saber si usted quiere añadir algún dato oficial a este caso, puesto que la muerte de Charly Manson ha ido unida a un intento de violación.

—No, lo que yo sabía era por terceros, pero no llegó a consumar nada irreparable.

—Parece que ese joven sádico al final no conseguía sus despreciables propósitos.

—Gracias a Dios.

—Si tiene algo más que decirle al inspector, llame a la comisaría.

—Bien, pero creo que ese asunto puede darse por zanjado.

El hombre de Scotland Yard se apartó y Richard reanudó la marcha sin acelerar, iba pensativo.

Judith ya no tendría que temer nada de Charly Manson, pero era evidente que el joven había sufrido una transformación desde que danzara en el templo de Iama.

—¿Dónde estará ese maldito templo? —se preguntó Richard, sin hallar ninguna respuesta.

Cuando arribó al gabinete de abogados, observó que Judith no se hallaba detrás de su mesa.

Frunció el ceño y se adentró en su propio despacho. Allí había un montón de expedientes que resolver. El trabajo se acumulaba, debía reconocer que no le prestaba toda la atención de que era capaz, la atención que a diario le dedicara su padre antes de sufrir el infarto, su padre que había conseguido levantar aquel grupo de abogados asociados comenzando de forma oscura, con apoyos poco recomendables y ayudas menos honestas, un pasado que él había tratado de sepultar en el olvido.

Sin embargo, sabía que de vez en cuando tenía que pagar esas ayudas recibidas, casi siempre de manera poco agradable, y lo hacía gracias a los resortes que tenía, pues si entre los doce apóstoles de Cristo hubo un traidor, ¿cómo no iba a haberlo en la justicia, entre

los jueces y fiscales, entre los ayudantes de fiscal, entre la propia policía?

Sólo había que saber a quién llamar concretamente, a quién amenazar para que un problema sucio no siguiera adelante, sin necesidad de que el verdaderamente interesado diera la cara.

Por el teléfono interior, llamó a la recepcionista.

—Magda…

—Sí, *míster* Newman —respondió ella, tratando de que su sonrisa pasara a través del hilo telefónico, mezclada con su voz.

—¿Ha venido *miss* Judith?

—No, *míster* Newman, no ha llegado aún.

—¿Ha hecho alguna llamada, excusándose por no venir?

—Que yo sepa, no, *míster* Newman. ¿Quiere que la llame a su domicilio?

—No, no, puede ser que ya esté en camino. Gracias.

—A sus órdenes, *míster* Newman —dijo la recepcionista cuando él ya no la escuchaba porque estaba colgando uno de los tres teléfonos que tenía sobre la gran mesa escritorio. Quedó un instante pensativo. Encendió un pitillo y consumió un tercio de él sin interesarse lo más mínimo por lo que decían los expedientes. Sabía que las llamadas comenzarían más tarde.

Descolgó el teléfono de línea directa al exterior, un teléfono que no tenía visible el número y que sólo conocían un restringido número de personas, un teléfono que no venía en las guías telefónicas.

Marcó unos guarismos que ya conocía bien, grabados en su cerebro.

Aguardó y la llamada, al otro lado del hilo, se repitió monótona e incansable, pero nadie atendió a los rítmicos timbrazos.

Judith no estaba en su apartamento.

CAPÍTULO XII

Estuvo paseando como una sonámbula. Cuando oscureció, como una mariposa atraída por la llama luminosa, tomó un taxi y fue a la academia de danza.

Cerca de la entrada aguardaba el automóvil grande, lujoso y oscuro del príncipe Federov.

Sin necesidad de que la llamasen, la muchacha se dirigió rectamente al coche.

Akuan abrió la portezuela y Judith entró. La figura grave y nada tranquilizadora del príncipe Federov estaba allí, aguardándola.

—Ya estoy aquí —dijo ella en tono bajo.

—Estaba seguro de que vendrías.

—Estoy dispuesta.

—Ya lo has oído, Akuan, en marcha.

El oriental obedeció la orden y el coche rodó, veloz.

Akuan conducía seguro, con mano firme. Era un hombre en el que el príncipe confiaba plenamente porque era meticuloso en cuanto llevaba a cabo. El príncipe lo había sacado de Ceilán, donde no habría llegado a ser gran cosa.

El viaje se hizo largo, monótono, Judith no le prestaba ninguna atención.

El príncipe fumaba un cigarrillo tras otro y no eran cigarrillos de tabaco; un olor a hierbas llenaba el vehículo, metiéndose en los pulmones de la mujer.

Arribaron al solitario templo de Iama.

Judith, de la mano del príncipe, anduvo sobre el suelo de ébano hasta ser conducida al vestuario, sin llegar a ver lo que ocultaban las pesadas cortinas de color rojo fuego.

—Judith, escúchame —le exigió cogiéndola de las manos, ejerciendo su poderosa influencia magnética y psicológica sobre ella.

—Le escucho.

—Sé que tú deseas conocer lo que le sucedió a tu hermano Tobby. ¿No es cierto?

Judith, que le miraba a los ojos con una expresión tranquila, sin interés, pues se hallaba bajo el poder de aquel ser que la dominaba, repuso lacónica:

—Sí.

—Yo te puedo explicar lo que le pasó a tu hermano. Quieres saberlo, ¿verdad?

—Sí.

—Tu hermano era un buen danzarín, como todos los que escojo para la academia de danza. Le traje aquí para la ceremonia, para el rito, tú te estarás preguntando qué rito es ése.

—Sí.

—Hay hombres y mujeres acaudalados que subvencionan la academia de danza, porque para que el arte subsista, ha de ser costeado, así ocurría en tiempos de Mecenas y así ha continuado a través de los milenios. Hasta que no alcanzan la fama, los artistas suelen ser pobres; sin embargo, esas personas que subvencionan mi academia no son tan generosos como pueda parecer. Esas personas acuden al rito porque saben que yo puedo descargarlas, sí, descargarlas de sus pecados, de sus iniquidades.

»Invocan y suplican a Iama, el rey de los infiernos, que es terrible pero justo en las condenas. Los pecados, las maldades que sus espíritus encierran, pasan a los danzarines que se le ofrecen.

»Esos ancianos decrépitos, llenos de miedo al verse al borde de la muerte, limpian sus conciencias trasladando la carga de sus pecados al danzarín que queda lastrado con las culpas de otro. A cambio han de pagar, sí, han de pagar un fuerte óbolo con el que yo estoy levantando a Iama este templo. Iama, el dios del infierno, comprende lo que estoy haciendo y accede al traspaso de los pecados de un ser a otro.

»Los viejos marchan de aquí tranquilos, ligeros, puros como niños y ya no les importa morir en un plazo más o menos breve. Saben que al morir ya no tendrán que someterse al látigo de Iama en su imperio de Iamaloka. Pero, los danzarines… ¿me escuchas, Judith, me escuchas?

—Sí.

—Te decía que no todos los danzarines lo soportan bien. En ocasiones, la carga de pecados, de maldades, es tan grande que los convierte en verdaderos monstruos irreconocibles. Provocan el espanto como a ti te lo causó ver a Tobby. Luego, esa metamorfosis se pasa porque es reversible; sin embargo, quedan secuelas, ya no son los mismos, tienen todos los pecados dentro.

»No es fácil soportar la carga de tantas maldades cometidas por otra persona, marca profundamente, hunde el espíritu hasta que obliga a cometer locuras.

»Tu hermano no pudo resistirlo. Quiso pedirte ayuda, tú le tuviste miedo y él se arrojó por el foso del ascensor, incapaz de soportarlo.

»Gwendolyne fue diferente, ella no se sometió, creyó haberme engañado y tuvo que morir, no era tan lista como suponía. Se creía inmune a mi hipnosis, pero sucumbió. Subió a la silla que después Akuan le retiró y así murió, no puede decirse que sintiera dolor.

»Veremos cómo lo soportas tú, quiero que sea un poco diferente, voy a probar contigo una nueva situación. Te desnudarás y cuando oigas siete veces el gong de llamada, saldrás a la gran nave del templo y danzarás, obedecerás a Iama. Te someterás al ritmo de la música y cuando seas encerrada en el ataúd, despertarás. Así podrás sentir en tus bellas carnes la profunda metamorfosis.

»Tu cuerpo hermoso se transformará en algo horrible porque *míster* Newman, sí, *míster* Newman, el abogado al que tanto respetabas, traspasará sus maldades ocultas a tu mente, a tu cuerpo. Él quedará libre para morir en paz si llega el caso y tú cargarás con lo que él ya no puede soportar.

»Todo te parecerá absurdo pero no lo es, ésta es una ceremonia que se viene llevando a cabo desde hace milenios. Los pecados existen, han sido cometidos e Iama exige un castigo para ellos. No pueden desaparecer, disolverse en la nada sin una real reparación, pero sí se puede traspasar la culpa de un ser a otro. Si estuvieras libre de mi influencia sugestiva, sé que gritarías que eso no es posible, pero te equivocarías. Sí es posible, te lo digo yo que desde siempre he estado al lado de Iama porque soy Sittira Buddhira, Sittira, Sittira… —fue repitiendo con distintos tonos. Luego, se echó a reír, estentóreo—. No podrás escapar cuando despiertes. Te hallarás encerrada dentro del ataúd y los pecados de *míster*

Newman, que son más de los que imaginas y más odiosos de lo que podrías soportar de haberlos conocido, caerán sobre ti. Claro que si sabes resistir años y años, también podrás invocar y suplicar a Iama para que te libere a ti de esos pecados y traspasárselos a otro. Es una forma de escapar a la reclusión eterna de Iamaloka, porque el que muere con los pecados sobre sí, ya no puede liberarse del castigo.

»Tú tendrás esa oportunidad si sigues obedeciéndome. Vivirás, no dejaré que te suicides, pero serás mi esclava y por tanto, esclava de Iama, porque sabrás muy bien lo que te ha sucedido y si te portas bien, obtendrás tu recompensa.

»En adelante, la maldad será algo propio de ti, algo natural en cada acción que lleves a cabo…

El príncipe, que así se hacía llamar sin serlo, continuó hablando a la joven hipnotizada.

Judith quedó sola y comenzó a desnudarse lentamente, con parsimonia, como si supiera que no tenía prisa.

No sintió el frío en su cuerpo mientras aguardaba y el gong de llamada sonó por siete veces.

La joven secretaria, convertida en danzarina y víctima de un ritual en el que se invocaba a Iama, salió a la gran nave del templo donde el suelo era de negro ébano puro de Ceilán.

Avanzó hacia el centro, encarándose con la gran estatua de Iama, el terrible rey de Iamaloka, el infierno brahmánico.

El látigo se mantenía enroscado en su mano. Bajo el altar, unos encapuchados tomaban el cuerpo de un hombre, era *míster* Newman que, desnudo también, era colocado tendido sobre la plataforma, sometiéndose así a la voluntad de Iama.

El príncipe aplicó su mano sobre el corazón de *míster* Newman y pronunció una jerga de palabras ininteligibles dirigidas a la gran estatua. Luego, volviéndose hacia la muchacha, llamó:

—Judith, acércate.

La joven, sumisa como una esclava que es consciente de que debe someterse, avanzó y le fue cogida la mano por el falso príncipe.

Era como si éste sirviera de conductor de energía entre el enfermo *míster* Newman y la joven Judith, pletórica de vida y belleza.

Míster Newman la miraba con atención, la reconocía y quiso decir algo con su boca torcida, pero sus palabras no llegaron a brotar por entre los labios.

Sittira seguía pronunciando palabras ininteligibles mientras los encapuchados se hacían a los lados y el templo se llenaba con el olor a palo áloe quemado.

Akuan conectó la grabación musical y comenzó a oírse la extraña música oriental.

Judith sintió que su cuerpo se estremecía, empujándola a danzar. Sittira, notándolo, soltó su mano y la joven se apartó de él, deslizándose por el suelo de ébano.

Danzó según le marcaba el ritmo de la música que pulsaba sus nervios como un gran concertista de piano pulsaría las teclas para que las cuerdas sonaran armónicamente.

Judith danzaba y danzaba como jamás lo había hecho antes. No era la suya una danza racional, un *ballet* al uso; era una danza visceral, atávica.

La joven debía tener la impresión de que todo aquello era una pesadilla.

Brotaron los rayos y tuvo que saltar de un lado a otro, pero todo ello formaba parte de la propia danza, la danza en la que el Mal pasaba de un ser vivo a otro.

Poco a poco, los latigazos de rayos la derribaron, agotándola, y fue entornes cuando aparecieron los encapuchados con el ataúd, avanzando hacia ella. Depositaron el féretro en el suelo y levantaron el cuerpo femenino.

Al quedar dentro del ataúd, Judith despertó de la hipnosis como si hubiera estado en la oscuridad y, de pronto, encendieran una potente luz.

Miró a los encapuchados y se aterró. Se dio cuenta de inmediato de que se hallaba dentro del ataúd, un ataúd que ya había visto en sueños.

Quiso salir, aterrada de su situación, pero le cerraron la tapa.

—¡Noo! —gritó, golpeando con sus puños la tapa. Mas le era imposible escapar, estaba atrapada dentro del macabro féretro.

—¡Auxilio, Sáquenme de aquí!

Sus voces quedaban ahogadas por la gruesa madera.

El ataúd fue alzado y la comitiva comenzó a salir del templo

para dar en torno a él las vueltas de ritual mientras Akuan preparaba el gran libro para que Sittira, el escribano del dios infernal, escribiera en él los pecados del despreciable ser que pagaba una parte de su fortuna para liberar su conciencia de los pecados que le aterraban, al borde de la muerte.

Al salir afuera, los encapuchados comenzaron a caminar.

De pronto, se encendieron unos focos que los iluminaron. Los encapuchados quedaron momentáneamente cegados por la luz y una voz contundente les ordenó:

—¡Alto, manos arriba, Scotland Yard!

Los encapuchados vacilaron. Dejaron el ataúd en el suelo y varios de ellos huyeron hacia el bosque, buscando el amparo de las tinieblas.

Frente a ellos apareció Richard Newman, con el revólver en una mano. Iba solo, gritar el nombre de Scotland Yard había sido un ardid.

—¡Vosotros dos, abrid el ataúd, rápido!

Abrieron la caja y de su interior salió Judith que, cegada, no sabía hacia dónde ir. Richard la atrapó entre sus brazos y éste fue el momento que los encapuchados aprovecharon para huir.

—¡Richard!

Richard se sacó apresuradamente la chaqueta para proteger la desnudez de la joven del frío invernal.

—He visto parte de lo sucedido. Ese endiablado Sittira, pues no es ningún príncipe, me he informado en una agencia de detectives, se va a llevar una sorpresa.

—Richard, qué miedo he pasado —sollozó.

—Acabaremos con todo esto desenmascarándolo.

La pareja empujó la puerta del templo y el olor amargo del palo áloe llenó sus fosas nasales.

La nave del templo era muy larga y vacía, no había ni una silla, todo estaba libre para los danzarines. Al fondo, al pie del altar sobre el cual yacía un ser despreciable que Richard aún no sabía que era su propio padre, estaba Sittira con su libraco, apuntando los pecados que vomitaba *míster* Newman para pasarlos al cuerpo, a la mente de la joven víctima que había conseguido escapar del ataúd.

—¡Sittira! —interpeló Richard, con toda la potencia de su voz.

Sittira y también Akuan se volvieron hacia la puerta.

—¡Eso es sólo un ídolo! —gritó, apuntando a la enorme estatua de Iama.

El impacto acertó en la frente de Iama que, sorpresivamente, se movió. Balanceándose, cayó hacia adelante.

La gigantesca estatua aplastó el altar y con él, a *míster* Newman y también a Sittira y Akuan que había estado sosteniendo el gran libro.

El estruendo que se produjo halló un eco más propio de un temblor de tierra.

—¡No es posible! —musitó Richard.

Los temblores prosiguieron y, de pronto, se produjo un ruido que partió de una de las paredes.

—¡Richard, esto se derrumba! —gritó Judith.

Richard comprendió que era cierto. Los primeros cascotes comenzaron a caer del techo, era como si, de pronto, una energía negativa moviera las paredes y el techo, agitando los cimientos. Se produjeron nuevas grietas.

Salieron corriendo cuando ya el templo se venía abajo en medio de un terrible fragor. Afuera, las luces del coche seguían encendidas y un ataúd estaba tirado en el suelo.

—¿Qué es lo que ha ocurrido, Richard?

—Ya lo ves, el templo de Iama debe haberse venido abajo. El falso príncipe ya no transformará a más jóvenes bailarines en horribles monstruos cargados de maldad.

EPÍLOGO

Avanzaban hacia el cementerio. Judith acompañaba a Richard Newman y una gran muchedumbre iba tras ellos.

El ataúd fue descendido a la fosa. El reverendo trató de leer el libro santo para despedir al que se iba a la tierra, mas se frotó los ojos.

—¿Qué ocurre, reverendo? —preguntó alguien a su lado.

—He perdido las lentillas, no consigo leer bien.

—¿Perdido?

—No sé, me las habré descuidado, no puedo leer.

—Pues, pronuncie algunas palabras adecuadas…

Carraspeó, comenzó a hablar, pero la voz se le hizo dificultosa hasta que quedó como ahogado, congestionado su rostro.

Todos le miraron. Richard semejó comprender la anómala situación y tomando la pala de manos del sepulturero, la cargó de tierra.

—Adiós, padre —dijo simplemente. Y la arrojó sobre el ataúd.

El suelo tembló en aquel punto y unos ruidos terroríficos brotaron del interior de la sepultura.

La comitiva comenzó a tener miedo y echaron a correr mientras el suelo seguía temblando. La tierra fue descendiendo al interior de la tumba, sepultándose sola. Todos se alejaron, asustados ante lo que creían un seísmo, todos menos Judith y Richard que permanecieron allí quietos, cogidos de la mano, hasta que el temblor se calmó. La tumba ya estaba medio llena.

—Todo ha terminado, Judith, todo. Sólo se encontraron los restos de mi padre y no se ha sabido quiénes eran los encapuchados, posiblemente algunos desgraciados pagarían para hacer lo que hacían, pero ni rastro de Akuan ni Sittira bajo los cascotes ya no había nada más. Mi padre ha desaparecido, que Dios le perdone.

Echaron a andar, alejándose de la sepultura a medio llenar.

Las nubes comenzaron a rasgarse y el sol asomó con timidez.

FIN



Rafael Barberán Domínguez (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio. Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudett o Silver Kane. Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir. La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos sólo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués. Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas. Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olimpic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror. Una de sus novelas del oeste, Cinco mil dólares de recompensa, fue llevada al

cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein. Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas…